

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Arrivistas y hombres consecuentes. — Juan Lazarte: Hacia municipios autónomos y extensión del poder local. — Georges Vidal: Han Ryner, el hombre y la obra. — Carlos M. Rama: Israel, laboratorio social. — Friedrich Durrenmat: Diálogo nocturno con un hombre abyecto. — E. Armand: La evolución en las opiniones. — Victor Hugo: España. — Alaiz: España económica. — V. Muñoz: América de los indios. — J. M. Puyol: Viñetas de... — A. Vidal y Planas: Cuéntenos Ud. algo. — A. Samblancat: Miñotos de Sierra abajo. — Plácido Bravo: El hombre y la máquina. — M. Celma: La vida y los libros. — Denis: El educador. — Liberto Callejas: La dura prueba del destierro. — Suno: Microcultura. — José Peirats: La Sión hispánica (folletón encuadernable).

122

FEBRERO - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Paisaje de invierno

Nuestra portada es una reproducción fotográfica. Tiene, sin embargo, el valor poético de un cuadro. Evoca una de esas estampas nortenas, que los pintores ingleses llevaron tantas veces en sus lienzos.

Y es un paisaje de la Saboya. Un rincón familiar para algunos. Algo vivo, delicado, luminoso, pedazo de vida, sobre el que el sol, sobre la nieve, pone una luz irreal, una magnificencia que jamás podrá superar la mano del hombre.

Sigue siendo la Naturaleza la mayor creadora de arte existente. Basta sólo contemplar sus múltiples manifestaciones, en invierno, en primavera, en verano, en otoño, cuando se viste con sus más suntuosos, sus más insuperables colores.

Renoir, Corot, Manet, más tarde Van Gogh y Grúguin; nuestro Rusiñol y nuestro Sorolla en España, lucharon con esta luz de las cosas, con esa riqueza de los colores naturales, que la paleta transpone, lleva al arte, pero que no siempre realiza y supera.

Hoy la fotografía ha conseguido maravillosas transposiciones de belleza naturales, brindándolas como regalo a la mirada de los hombres...

Y en este mundo muchas veces inhospitalario, frío, desabrido, injusto, cruel, aún son la Naturaleza y sus bellezas el mejor de los refugios y la más grata de las evasiones.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF. Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

ARRIVISTAS Y HOMBRES CONSECUENTES

No son los arrivistas los que mantendrán en el movimiento y en la organización obrera sindicalista el espíritu revolucionario.

G. E.

TODO el interés del capitalismo y del Estado, lo mismo en Norteamérica, en Argentina, en Gran Bretaña, en Francia, en España, que en U.R.S.S. y en todas partes, es de tener domesticados a los trabajadores, ahogar su espíritu revolucionario, neutralizar su acción directa transformadora. Y en todos los países hay el empeño, por parte de los que gobiernan y de los que explotan y viven del sudor ajeno, de que los sindicatos y organizaciones obreras, por vía directa o indirecta, sean sus dóciles instrumentos. Por ello favorecen el desarrollo de las organizaciones de tipo reformista y persiguen a las revolucionarias. Por ello tienden a dividir a los trabajadores. En la historia de las luchas sociales, las terribles persecuciones sufridas por la FORA, central sindical anarquista, y por la Confederación Nacional del Trabajo de España, principalmente, son muy ilustrativas y aleccionadoras al respecto. Y lo mismo en España que en la Argentina, quienes tiranizan a estos pueblos manifiestan el decidido propósito de ahogar dichas organizaciones revolucionarias. Sabiendo el arraigo que tienen entre los trabajadores, comprendiendo que no pueden destruirlas, intentan vanamente corromperlas. Y los mandarineros ponen en juego todas sus malas artes, emplean los más sutiles medios. En Portugal y otras partes, ocurre algo parecido con las organizaciones obreras.

El empeño de los bolcheviques y de los reformistas en todos los países para ejercer el tutelaje de los sindicatos obreros, es también grande. Y de él se resiente toda la acción revolucionaria de los trabajadores que cada día, internacionalmente, se ven más divididos y más impotentes. Ya en muchos lugares no son los trabajadores los que disponen en los sindicatos y orientan sus luchas, sino los propios políticos y los elementos que les secun-

dan. Hoy podemos también observar todo el interés de los sindicatos americanos reformistas en extender la influencia de su orientación en los medios obreros de Europa y sobre todo en los de España. En la Península Ibérica, bolcheviques, americanos, nazis y vaticanistas juegan fuerte.

Hoy más que nunca las organizaciones sindicalistas evolucionarias han de velar por la integridad de sus efectivos. Tienen necesidad de militantes seguros y probados. De hombres que no se desvían y que tengan tras de sí una limpia ejecutoria de lucha.

Son los grandes ideales los que dan origen a los movimientos colectivos. También los factores económicos y las necesidades humanas. El sindicalismo revolucionario tiene en cuenta precisamente esos factores económicos y esas necesidades humanas, pero asocia la idea motriz transformadora antiestatal y anticapitalista al movimiento sindical y a la acción de los trabajadores, porque tiene conciencia de que ella es indispensable para evitar la propia degeneración de la organización sindicalista y de la lucha obrera. Y para que esa lucha se mantenga firme y consecuente, el hombre sano, el luchador consciente y sincero, es uno de los factores principales. No es indiferente que una organización esté constituida, animada, orientada por estos o aquellos hombres. Los hombres cuentan como tales en todo lo humano, en todo lo que tiene carácter colectivo. Ya en España mismo, en épocas de apogeo del sindicalismo, se habían denunciado por críticos tan ponderados como José Prat y otros, por militantes obreros calificados, los peligros que acechan al sindicalismo. Y no son de olvidar las campañas hechas a favor de la calidad más que de la cantidad de los componentes de la organización. Durante el mismo período de la lucha del 1936-39, la C.N.T. también tuvo que preocuparse del problema. El militante es uno de los más firmes sostenes de la organización y conviene que sea hombre probado.

No son los «arrivistas» los que mantendrán en el movimiento y en la organización obrera sindica-

lista el espíritu revolucionario. Todo lo que descanse sobre hombres «arrivistas», acomodaticios, inconsecuentes y faltos de probidad personal e ideal, no tendrá ninguna consistencia. Precisamente el gran tesoro de la C.N.T. y del Movimiento Libertario Español es la legión de hombres abnegados, rectos, honrados con que cuenta y que constituyen una de sus reservas vitales más poderosas. Y este valor ético del hombre militante es lo que debe saber siempre conservar nuestra Organización. Es la mejor manera de prevenirla de los estragos que causa en toda colectividad la inconsecuencia.

Anselmo Lorenzo, José Negre, Evelio Boal, entre unos centenares de luchadores más que podríamos citar, son ejemplos de probidad en las filas del sindicalismo español. No pueden serlo los Delaville, los Moix, los Clara, Vidiella, tráfugas. No pueden serlo los Fornells, Corbella, etc., peor que tráfugas. No puede ser abonada la inconsecuencia de un Pestaña. Y no citamos más nombres entre los españoles, y evitamos hasta de pronunciar uno solo de los contemporáneos. En Francia, ejemplo de probidad y consecuencia, por citar alguno, es el de Fernando Pelloutier; el de inconsecuencia, basta recordar la historia de la C.G.T. y la conducta de muchos de los hombres que se han distinguido en ella. En Suiza, el contraste entre la conducta ejemplar de Luis Bertoni y la del tráfuga Tronchet. En Italia... No creemos que haya necesidad de presentar muestras de todos los países.

La organización obrera sindicalista revolucionaria, el Movimiento Libertario internacional, debe contar con hombres seguros. La vida de la propia Organización en cada país lo exige. Con elementos averiados o dudosos, no se va a parte alguna. No puede haber una actitud de conllevancia con los «arrivistas» o ventajistas. Con los que se acomodan a todas las situaciones. Con los que en los momentos más difíciles no saben mantener digna y consecuentemente el ideal o la causa que dicen abrazar y defender. Con el propio ejemplo por delante es necesario siempre exigir de todos y de cada uno consecuencia en la conducta individual y colectiva.

Y esta garantía de la condición segura de sus militantes es indispensable a todas las organizaciones que pertenecen a la Asociación Internacional de Trabajadores si queremos que el sindicalismo revolucionario extienda su influencia y se desarrolle en vez de degenerar o de ser maleado por las infiltraciones sutiles del reformismo, del bolchevismo y aun de aquellos elementos que emplean una fraseología más o menos revolucionaria siendo marxistas y autoritarios y de cuantas fuerzas trabajan para impedir la marcha del proletariado consciente hacia su total emancipación, que ha de significar también la de la Humanidad entera, puesto que la acción de los trabajadores conscientes no ha de tender a crear nuevos privilegios ni a forjar nuevas cadenas, sino a asegurar sólidamente el pan y la libertad para todos los humanos.



Hacia municipios autónomos y extension del poder local

(Continuación)

SU CARACTER FEDERATIVO LIBERTARIO

«A pesar de su denominación, las colectividades eran prácticamente organismos libertarios que aplicaban las reglas de, cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades, sea por la cantidad de recursos materiales asegurados a cada uno donde el dinero estaba mantenido. El método técnico difería, pero el principio moral y los resultados prácticos eran los mismos».

«Se extendía continuamente la armonía en la producción y en la coordinación de los cambios así como la unidad del sistema de repartición. La unificación comarcal se completaba con la unificación regional. La Federación Nacional había nacido».

«En la base la comarca organizaba el intercambio. Excepcionalmente la practicaba la comuna aislada, pero bajo la autorización de la Federación comarcal que tomaba nota de los cambios y podía interrumpirlos si perjudicaba a la economía general. Así sucedía con la colectividad aislada de Castilla que no vendía grano por su cuenta, pero en vez mandaba al cliente a la oficina de granos de Madrid».

«En Aragón la Federación de las colectividades fundada en enero de 1937, cuya residencia central estaba en Caspe, comenzó a coordinar los intercambios entre todas las comunas de la región, como práctica del apoyo mutuo».

«La tendencia a la unidad estaba hecha más clara con la adopción de un carnet de productor único y de un carnet de consumidor igualmente único, que implicaba la supresión de toda la moneda local o no, según la resolución tomada en el congreso constitutivo de febrero de 1937».

Con relación a los cambios con otras regiones y a las ventas al exterior la coordinación mejoraba cada vez más. En caso de utilidades por diferencia de cambios o por obtener precios superiores a los precios bases o a excedentes, la Federación Regional los emplea para ayudar a las colectividades más pobres. La solidaridad sobrepasaba el ámbito comarcal» (7).

La comuna en la experiencia española, desgraciadamente muy corta, y bajo la presión anormal de la guerra, fué el centro de los servicios públicos: locomoción, transporte, luz, fuerza, limpieza. Se organizaron en ella sindicatos del crédito e intercambio, depósitos del intercambio. Organizó el crédito y tuvo depósitos de abastecimientos; sindicatos de industrias rurales funcionaron en su distrito así como consejos de fábrica y de empresas cooperativas, consejos de estancia, de granjas y de chacras, de sanidad (maternidad, hospitales, guarderías, servicios de asistencia médica y quirúrgica preventiva y curativa).

Consejo de cultura (primera, segunda enseñanza, instituciones especiales, espectáculos públicos, etc.).

Vimos la formación del consejo de economía y también de la existencia de federaciones comarcales de comunas.

Este movimiento no fué utópico sino real y efectivo; mostró la capacidad del pueblo para su organización y libre administración comunal unidas por supuesto en muchos puntos a los sindicatos obreros en sus organizaciones modernas de trabajo». «Las fábricas creaban sus nuevos organismos administrativos, con su personal total se asociaban en el orden local y formaban la federación local de industrias. La agrupación de todas las industrias constituía el consejo local de la economía donde están representados todos los centros de producción de relaciones, de intercambio, transporte, etc. Se unían esos dos consejos locales de economía en el orden regional y se unían las federaciones locales de cada industria también regionalmente; luego se establecía una vinculación de las regiones por industrias y por sus consejos regionales de economía» (8).

Con el estudio de este movimiento de comunas (9) como proceso y estructura, se ve cuan importante fué el papel de las comunas libres, la unión del campo y ciudad, sin lo cual no puede ningún país desenvolverse en equilibrio y ordenamiento. Al revés de cuanto pasa hoy con las grandes ciudades que establecen un imperio, que podríamos llamar aquí, política imperial urbana de Buenos Aires.

Las instituciones son viables si dieron buenos resultados en el ensayo creador, para los pueblos o grupos sociales que las crearon o adoptaron, por trasplante cultural. En España republicana y en los sectores enunciados, hubo aumento de la producción, mejoramiento del standard de vida posible, seguridad, libertades esenciales y conformidad general. De haberse comprobado el aumento de la población, disminución de la mortalidad infantil y elevación del promedio de vida hubieran resultado ideales para la humanidad. Lo último no se pudo comprobar pues faltó tiempo...

Lo esencial es que la sociedad no estuvo en peligro con el cambio de régimen; sus relaciones interindividuales y con otros grupos se acrecentó. El Estado, si no se puede decir que desapareció (aunque si en muchas comunidades) fué reducido a una mínima expresión, en el mismo momento que en Alemania, Rusia, Italia, etc., tomaba el máximo volumen a través de una burocracia espantosa.

(7) Doglio, Carlos, *L'equivoco de la citta giardino*, en Volonta, Nápoles, 15-9-53.

Leval, Gastón, *Ne Franco ne Stalin...* (Milano, 1952).

(8) Abad de Santillán, Diego, *¿Por qué perdimos la guerra?*, pág. 82.

(9) Algo original tuvieron las comunas húngaras. Ver Pierre Ganiwet, *La comuna húngara*, en «Imán», Buenos Aires, 1937.

El comercio dejó de ser individual y egoísta, para hacerse principalmente comunal sin haber por ello desaparecido los intercambios individuales. La industria unióse a la agricultura como decíamos, pero verdaderamente, no en la letra. Mejor dicho no se divorció de ella.

El campo y la ciudad formaron su unidad complicada, partiendo de formas primarias ya superadas por el progreso y civilización. Producción y distribución. Se integraron y trataron de resolver el problema autárquico del consumo, parejo a la producción, dejando por supuesto camino libre a los futuros intercambios con otras federaciones de comunas, allende o aquende los mares.

Hay mucho que espigar en la experiencia española y verdaderamente ese gran sacrificio de este noble pueblo no está perdido.

Comunas libres, colectividades libres, federaciones de comunas agrícolas, industriales, mineras, ganaderas, ciudades autónomas, etc., como el artista utópico William Morris en «Noticias de ninguna parte» lo hubiera soñado...

Los municipios llegaron aquí y allí a tener autonomía efectiva mientras entre nosotros no podrán tenerla jamás por la naturaleza del régimen estatal, que no es de autonomía, pues encontramos desde un principio que las partes que forman el Estado no son libres y el Estado con relación a sus partes, si lo es, por cuanto impone o puede siempre imponer su poder. Esto está demostrado en los Estados totalitarios habidos y los democráticos que van camino de serlo.

La mínima ingerencia del Estado nacional y regional también pertenece a los credos del pasado, es decir, a los milagros. La mínima ingerencia no puede salir de la máxima intervención. No queremos ninguna intervención, ni máxima ni mínima. Cuando demos entrada a esa intervención habremos perdido a los municipios. Hace años que se viene repitiendo teóricamente, máximo de local y mínimo de nacional y los resultados son completamente inversos.

Ahora bien, si los habitantes de la ciudad son libres para darse su administración local, es de presumir que no querrán una carta de esclavización y ya podrían empezar a hacerlo, pero el profesor Wilcox y demás, saben que esto es imposible, pues las cartas y habitantes de la ciudad, dependen y obedecen al Estado y están convencidos de que no pueden vivir sin Estado totalitario, supremo Dios de la nueva creencia en la «Soberanía Popular».

Si los habitantes de una ciudad determinaran la esfera de sus gestiones, claro está, no lo podrían hacer nunca en un régimen estatal, pues la fuerza se lo impide. Son estructuras contrarias. Miren ustedes si se deciden a no pagar los impuestos nacionales o quedarse sólo con el 50 por 100 de su producción ¿qué desbarajuste se armaría?

Que se empezara a crear la unión de comunas es muy bueno, pero esto forma parte del fundamento de la futura federación o confederación de comunas o ciudades y a esta creación habrá de dársele un nuevo sentido federalista de libertad, como vimos. Tales uniones no pueden depender de uniones estatales, sino de ellas mismas y de sus componentes.

Un estudio a fondo viene a parar en lo mismo. La determinación de cuanto es municipal o no, tendrá que

hacerlo el municipio mismo, pues si dejamos al Estado la solución de tal cuestión ya lo estamos viendo... hasta nuestras vidas le pertenecen.

Intentos de mejoramiento y ampliación de funciones son en general, inobjectables, siempre que se separa el poder central que impide sus realizaciones. Si lo mezclamos con el poder estatal hemos perdido lamentablemente el tiempo, engañando a los hombres de buena voluntad y afirmando — es lo peor — la creencia en el «monstruo» que nos está destruyendo y al cual le rendimos homenaje; no lo tocamos, lo cuidamos bien, y obedecemos en todos los momentos.

EL DILEMA

LOS verdaderos municipalistas deberán plantear valientemente y de una vez por todas, defender el postulado: Estado totalitario o Municipios libres. Este es el dilema de nuestra generación, que levantará como bandera en sus luchas por las libertades municipales y sindicales...

Al pasar revista a la posición de los municipios en las diversas partes del mundo vimos a muchas naciones suprimir sus funciones adosándoselas al Estado, en otras dejándoles unas cuantas menores y, finalmente, regiones donde hay un renacimiento de los derechos municipales.

En países en que fueron absorbidas las comunas y gobiernos de ciudad, por el concentrado estatal, se realiza un esfuerzo por ampliar o restaurar las funciones antiguas.

Esto fué completamente inútil, pues aunque transitoriamente se haya conseguido algo, al cabo de poco tiempo se nota un retroceso mayor que el del punto de partida.

En regímenes dictatoriales las comunas, funcionalmente y desde el punto de vista de la libertad, han muerto. No existen ni derechos, ni libertades comunales, ni porvenir o vida propia: éstas agonizan o han desaparecido. La rica tradición está cubierta de una gran capa de cenizas, como la que cubriría a Pompeya después de la erupción del Vesubio.

En algunas naciones americanas queda algo de la tradición comunitaria indohispana. Las grandes ciudades no se cuentan, pues su gobierno lo ejerce directamente el Estado por medio de un jefe por él nombrado. En este campo la nueva democracia va librando batalla para extender el poder comunal, aunque sus resultados sean inciertos y frente a la estatización tengan la misma suerte que el grupo anterior.

Queda el tercer conjunto, entre los cuales colocaríamos a Norteamérica, Canadá, Francia, Bélgica, Nueva Zelanda, Australia, etc. Aquí es donde principalmente se retorna a creencias y luchas por las libertades comunales. Falta saber si en estos países fuertemente estatizados y en idéntico proceso acelerado, las libertades comunales y los derechos populares, el autogobierno y autodeterminación, no terminan por morir definitivamente. Somos optimistas y creemos que en la rica variedad societaria humana, resucitarán de sus cenizas las viejas tradiciones libertarias de la cultura de las ciudades, en nuevas formas, ambiente y destino, que aquella que originaron éstas abolidas, que hoy añoran los hombres, pero por las cuales siguen pensando y luchando.

DR. JUAN LAZARTE

HAN RYNER

por Georges VIDAL

(Traducción del francés por V. Muñoz, miembro de la «Société des Amis de Han Ryner»)

III

LA OBRA DE HAN RYNER

Han Ryner fué un día coronado el Príncipe de los narradores filosóficos (Prince des Conteurs philosophiques). Nadie mejor que él, merecía tal título.

Hay en la obra de Han Ryner dos genios: el genio de la narración y el genio de la filosofía. A veces predomina uno, a veces el otro. Pero son inseparables. Y sobre estos dos genios planea una poesía serena, asombrosa de delicadeza y de frescura.

Una filosofía graciosa, como una joven muchacha, nos conduce, a pesar nuestro, hacia el borde de los más profundos abismos del pensamiento. Y toda la sabiduría de la antigüedad sonríe a través de la poesía fluida de la ficción.

El talento —para no repetir la palabra «genio», aunque este término cuadre mejor con mi espíritu— de Han Ryner es original entre todos. Ha despojado a las filosofías oficiales, de las fórmulas pedantes, para ocuparse de la glorificación sana y natural de la vida.

Todo lo que sirve para la vida es bueno, todo lo que dificulta a la vida es malo, podría resumirse al hablar de la filosofía de Han Ryner, si no hubiera la filosofía, y con razón, borrado de su diccionario las nociones arbitrarias del «bien» y del «mal».

Para expresarme mejor, la filosofía de Han Ryner es indefinible, porque es nueva.

¿Nueva? ¡Bah! diréis vosotros. Si, ciertamente, nueva, aunque se nutra de las esencias de la antigüedad. Pues es en la antigüedad donde sin cesar se ha inspirado. Dándole una vida nueva Han Ryner ha creado a Diógenes, como el sabio desvela una fuerza desconocida. Esta fuerza sin duda existía antes de que viniera el sabio, pero dormía en lo desconocido. El sabio, al descubrirla, ha hecho obra de creador. Lo mismo Han Ryner. De las sabidurías antiguas que dormían bajo el mito, ha extraído una filosofía nueva y de la estatua muerta ha hecho una carne vibrante. ¿Qué más se pide a un creador?

Ha ocurrido con frecuencia que Han Ryner haya sido simplemente un hombre, un hombre doloroso. Basta leer *El libro de Pedro* (1) y se

El hombre y la obra

verá, en esta obra maestra que ningún padre podría leer sin que las lágrimas acudieran a sus ojos, se verá cuán humano es el corazón del filósofo y cuanta sensibilidad se esconde entre las parábolas «cínicas».

Pero Han Ryner ha escogido. Ha interrumpido su obra ya muy vasta de novelista, para no dedicarse más que a la filosofía.

Algunas de sus obras han quedado, podría decirse, suspendidas entre los periodos, como *El Hombre Hormiga* en donde la ficción del cuento —que no está lejos de ser un cuento de hadas—, atenúa la ironía pesimista del filósofo.

Otras, como *Las Apariciones de Ahasvero*, son inmensos poemas, vastos y temblorosos, y de los cuales a veces se levanta el aliento de la epopeya.

Otras salen de todos los cuadros conocidos, tal *La Torre de los Pueblos*, relato que, también, se acerca a la epopeya, y cuyo pesimismo hace mal.

Otras son aún menos fácilmente catalogables (¡oh, qué palabra tan fea!), tal *El Hijo del Silencio*, odisea maravillosa de Pitágoras; tal *Los Viajes de Psicodoro*, en donde se abren extrañas ventanas hacia lo desconocido; tal *El Quinto Evangelio*, ese libro inimitable que deja atrás a todos los ensayos análogos; tal *Las Parábolas Cínicas*, que se me permitirá considerar como la obra maestra de Han Ryner (aunque sea difícil escoger entre las obras definitivas que acabo de mencionar).

Algunos libros, como *Diógenes de Platanópolis*, curiosos y bien hechos, nos dejan adivinar al novelista sabroso que hubiera sido Han Ryner de haber querido.

Y no hablemos de los estudios, como los dedicados a *Julio Renard*, Claudio Tillier, Banville d'Hostel, etc., que el filósofo quiso escribir sobre escritores que le parecían ser demasiado desconocidos.

IV

HAN RYNER Y LA VIDA

Han Ryner es el apóstol de la vida natural y sana. Para él, todo lo que impide el libre florecimiento del hombre es obstáculo que debe suprimirse.

Han Ryner odia lo artificial y lo convenido.

A menudo envidia la existencia sencilla de los sabios de antaño que con el zurrón en la espalda y el cayado en la mano, caminaban al azar por las rutas y comían lo que el día les

ofrecía. Diógenes en nuestro siglo de las máquinas, este nuevo filósofo cínico tiene la fobia del progreso: «El sabio, escribe, se da cuenta que los progresos materiales tienen por objeto acrecer las necesidades materiales de unos y el trabajo de otros. Ve al progreso material como un peso creciente que hunde de más en más a la humanidad en el lodo y en el dolor... La invención de las máquinas ha agravado siempre el trabajo. Lo ha hecho más penoso y menos armonioso. Ha reemplazado a la iniciativa libre e inteligente por la precisión servil y temerosa. Hace del obrero, en otros tiempos dueño sonriente de la herramienta, el esclavo tembloroso de la máquina» (2). Nosotros no iremos tan lejos como el sabio, y sin embargo, ¡cuántas verdades encierra esta declaración!

Además, esto es ocuparse del lado material de la vida, y Han Ryner, como todos los filósofos, se ocupa sobre todo del lado moral, que posee también su importancia.

Por lo tanto, ya que el filósofo quiere ver al hombre realizarse con toda la libertad, se precisa que este hombre tenga una mentalidad libre, como también le es necesario evolucionar en un medio libre o liberado.

Así es que, todo cuanto ayude a esta liberación mental y a esta liberación social, será buscado, mientras que serán combatidas todas las influencias dominadoras.

Una cosa importa, antes que ninguna otra: es el **conócete a ti mismo**.

Cada hombre contiene en sí un tesoro. Cada hombre lleva en él, la explicación del mundo. Y debe decirse: «Todo lo que sé, es que, del exterior nada sé. Mi espíritu no sale de mi espíritu y las cosas no entran en él. Nunca conoceré otro universo que el mío, el subjetivo» (3). Y este conocimiento del universo subjetivo es ya lo bastante arduo y lo suficiente complejo para satisfacerle. El hombre es la medida de todas las cosas. Cuando el hombre ha aprendido a conocerse, ha empezado a conocer el mundo, tanto como éste puede ser conocido. Pero que, ante el problema de su vida interior, no sea intransigente y exclusivo: «El hombre es un tejido que no se analiza sin un poco de mentira

y de destrucción. Existe conocimiento y creencia en el terreno en donde se hunden las raíces de la acción; y le es necesario a la creencia y al conocimiento un principio activo, deseo o tendencia. No se vuelve el gesto una precisión armoniosa más que en la sencilla luz del pensamiento; y un esfuerzo constante y feliz hacia la ciencia presupone una cierta disciplina de la vida» (4).

Pero que sepa el hombre preservarse o des-
embarazarse de las influencias ajenas: «Toda influencia es mala para quien la soporta o para quien la ejerce. Si trato de influenciar a un destino ajeno, hago que este destino influya mi propia suerte» (5).

Y es así como Han Ryner llega al individualismo más absoluto. ¿El individualismo? Sí, «la doctrina moral que, no apoyándose en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, sólo se basa en la conciencia individual» (6).

¿Y la vida?

¿Tiene razón el estoico cuando dice: «La vida nunca te da más que el presente, fragmento de pétalo demasiado minúsculo para tener un perfume o fragmento de especia demasiado triturada para picar. Reduce cada fragmento a lo que lo compone en último análisis —por ejemplo, la sílaba, desprovista de sentidos por sí misma, que tú oyes o que tú pronuncias— y el presente, tu solo bien o tu solo mal, te se vuelve indiferente. Excepto la belleza esférica del sabio y la belleza esférica del cosmos, nada vale una sonrisa de complacencia, de desdén o de amargura» (7). No. El universo que crea el filósofo cínico es más rico que todo eso. Llevando en él la fuente de sus alegrías, no podría sufrir la tiranía caprichosa de las cosas exteriores. El valor que da a esas mismas cosas es bastante relativo para que no pueda sufrir y la simpatía que siente por las grandes manifestaciones de la naturaleza es bastante subjetiva para que nunca se sienta decepcionado.

El cínico es un sabio. No sofistica la vida. Vive.

(Próximo artículo: Han Ryner, las religiones.)

El ingenio y la cultura corrigen las fáciles ilusiones primitivas impuestas por la sociedad al individuo. La amplitud del saber permite a los hombres formarse ideas propias. Vivir arrastrado por las ajenas equivale a no vivir. Los mediocres son obra de los demás y están en todas partes: manera de no ser nadie y no estar en ninguna. ¡Cuántos hay que sólo valen por las posiciones alcanzadas! Vistos de cerca son menos que nada, valores negativos. Sombras.

JOSE INGENIEROS

Israel, laboratorio social

por Carlos M. RAMA

La antigua teoría de la ciencia negaba que las ciencias sociales tuvieran la oportunidad de la experimentación, al contrario de lo que sucede con las ciencias naturales *strictu sensu*. Esa aseveración ha sido teóricamente contestada, pero en la práctica cuando se visita Israel se piensa vivir una experiencia de laboratorio, una suerte de experimentación social en términos colectivos y se comprende hasta qué punto es posible en materia de sociología, e incluso de historia, tener los elementos que derivan del directo conocimiento de un mundo social en formación.

I

Cuando en 1948 se inició la experiencia estatal israelí, sus fundadores se propusieron metas tan difíciles como las siguientes:

- a) Hacer un nuevo Estado artificialmente y luchando con las armas en la mano.
- b) Hacerlo con una población heterogénea, proveniente de distintos ambientes y condiciones de civilización.
- c) Tener necesariamente que utilizar poblaciones presumiblemente inaptas. Por ejemplo, gentes de ciudades para tareas rurales, etc.
- d) En definitiva crear un nuevo tipo humano, socialmente integrado en un territorio nuevo, y con exigencias originales.

La tarea, aun siendo inmensa, ha sido cabalmente cumplida en estos primeros doce años, y el Estado de Israel es una realidad social con características propias, y una auténtica conciencia nacional. Ha surgido una nueva forma societaria, naturalmente distinta de los demás países del Cercano Oriente, pero también de las tradiciones históricas judías en que se arraiga. El nuevo Israel es absolutamente distinto de la vieja Palestina árabe, o del mandato inglés, pero lo es también de los ghettos o de las comunidades judías del mundo entero, de que provienen sus integrantes.

Lo interesante, lo apasionante, es descubrir que esa creación social, se hace sin olvidar el antecedente histórico; al contrario, valorizando el factor del pasado, recordando siempre los orígenes. En ningún otro país del mundo actual debe haber el interés por los asuntos históricos que existe en Israel contemporáneo. La arqueología es una pasión nacional. Un reciente congreso agrupó a diez mil personas provenientes de todas las capas de la población. El descubrimiento, y la posterior compra de los manuscritos del Mar Muerto, ha sido considerado como un hecho fundamental de importancia histórica, anunciado personalmente por el primer ministro, Ben Gurión. Las gentes más inesperadas que se encuentran en una ciudad como Jerusalén, estudian la Biblia de tal forma, que la conocen de memoria, a la manera que los italianos saben su Dante, o nosotros debiéramos

saber nuestro Cervantes o por lo menos — nos acota un amigo — el rioplatense «Martín Fierro».

Como en el Renacimiento humanista, es frecuente que los integrantes cambien sus nombres para hebraizarlos, borrando los rastros de su pasaje por el resto del mundo.

La construcción del país es ante todo una admirable obra de la tenacidad. El país es casi siempre espantoso. Desierto en Néguev, pétreo en casi todas partes, con pequeñas llanuras de relativa profundidad y con recursos minerales limitados. No es el vergel de que habla el Antiguo Testamento, y si en cambio, la dura y conveniente escuela de civilización a que se refiere Toynbee. Los israelíes contemporáneos han tomado ese marco geológico y están construyendo un nuevo territorio, tal como los holandeses han hecho su país. En todas las rutas hay bosques artificiales que no tienen más de diez años. A veces cada arbolito ha costado nueve dólares instalarlo y hacerlo vivir los primeros años.

Junto a los pequeños arbolitos, la segunda presencia nunca olvidada en la ruta son los caños. Inacabables tuberías llevan el agua desde el norte al sur y desde la cuenca del Jordán al interior. Incluso en el desierto del Néguev, se aprecian los puestos de bombeo que dan presión a las cañerías. Termina de descubrirse en la Universidad de Jerusalem un nuevo procedimiento para utilizar las aguas marinas, y esto implicará una nueva posibilidad para irrigar el desierto, posiblemente desde el Mar Rojo.

Pero junto a la tenacidad y el esfuerzo, se aprecia disciplinándolo y aprovechándolo los beneficios de la planificación. El desarrollo económico y social se ha previsto, y los esfuerzos de la colectividad — en la medida que lo permite una comunidad democrática — están coordinados e incluidos en planes generales. Las grandes empresas nacionales cuentan con la adhesión unánime. Primero la instalación agrícola, especialmente bajo la forma del Kibbutz. En segundo lugar la implantación de la masa de inmigrantes llegados después de la independencia. Entonces todo el país contaba con 655.000 habitantes y hoy son algo más de dos millones, de los cuales 1.800.000 judíos. Para absorber estas cifras ha sido necesario al mismo tiempo duplicar la superficie cultivada (incluyendo la cuadruplicación de la superficie irrigada). Ciudades como Beer-Sheva, que tenía en 1948 unos doscientos habitantes, hoy cuenta con 32.000, etc.

II

Por imperio de la misma dinámica social, la solución del primer y gran problema de la instalación de un nuevo Estado, junto a su triunfo, trae aparejado el resurgimiento de otros problemas. Israel tiene — aparte de los problemas de sus relaciones exteriores — un conjunto de situaciones que derivan de sus orígenes, y que

le plantean interrogantes y al mismo tiempo una suerte de desafío a su porvenir.

El país pudo definirse como un Estado socialista, naturalmente nacional y ajustado a circunstancias históricas locales. Así lo entendían sus fundadores e incluso los observadores. Los sindicalistas norteamericanos en la famosa entrevista con Jrushov le preguntan: «¿Qué opina del socialismo de Israel?» Algunas cifras parecen confirmar el aserto. El sector de la producción dominado por particulares es todavía hoy del 40 por 100 y del 60 por 100 público restante, la mitad corresponde a la Histadrut (central obrera mayoritaria). Sectores como la agricultura, la construcción, la marina, la aviación, parte de la Banca, etc., están nacionalizados o sindicalizados.

En el plano político el conjunto de los partidos socializantes cubre el 86,8 por 100 del electorado.

En el terreno sindical la importancia de la Histadrut no puede disimularse con su control no solamente del sindicalismo, sino asimismo de parte de las grandes empresas colectivas de valor económico que hay en el país.

Pero hay síntomas que muestran las flaquezas del régimen, o la iniciación de procesos que anulen o retraen las conquistas anteriores. El admirable movimiento de los kibboutz hoy sólo representa el 5 por 100 del total de la población, aunque naturalmente, produce económicamente por un porcentaje mayor. El mismo primer ministro Ben Gurión declaró su alarma por el hecho de que en los últimos años se fundan menos kibboutz, mientras crece más rápido el número de aldeas cooperativas (mochav) en que cada familia constituye una unidad independiente que explota una granja personal.

Por otra parte, en la medida en que el país se afirma, el capitalismo encuentra que puede ser un excelente negocio instalarse en el medio Oriente. El número y la importancia de las empresas comerciales e industriales capitalistas se acrece casi cotidianamente, y por cierto más rápidamente que las empresas nacionales o sindicales: Israel vende actualmente automóviles a Colombia, cemento o potasa en todas partes, neumáticos en África y diamantes y cítricos en Europa Occidental. Pero también productos farmacéuticos, químicos, artículos eléctricos en Turquía, Irán, etc.

El desenvolvimiento de una burguesía autóctona es posiblemente más importante que la activa intervención de la Banca americana y europea en la promoción del país. Finalmente el país exporta técnicos, gentes capaces de administrar o producir en los dominios más diversos. Los nuevos países de África y Asia, encuentran en Israel un proveedor siempre dispuesto a la promoción de sus recursos. En definitiva el país se convierte en un centro activo de comercio, y esto significa un nuevo sesgo respecto a su estructura social, hasta ayer agraria predominantemente.

Otro problema interesante es el religioso. Todo Israel, pero especialmente Jerusalem, es un mundo por excelencia para las religiones. Allí surgieron grandes religiones

mundiales, y los nombres de las ciudades y de las regiones nos recuerdan con insistencia los textos bíblicos o coránicos. También las misiones venidas de muchos países a los Lugares Sagrados, y no falta el intento de los distintos sectores cristianos de convertir a sus ideas a los mismos judíos. Finalmente éstos, de nuevo en la tierra de sus antepasados, reviven en las preocupaciones religiosas. Por ejemplo, en Israel no existe el matrimonio civil, e incluso en el caso de ateos deben intervenir los rabinos. Estos tienden a organizarse en una Iglesia, y se vinculan orgánicamente en una suerte de Vaticano judío. Los judíos que en Occidente son desinteresados en este tipo de asuntos, una vez en Jerusalem se sienten obligados a la ortodoxia. Ciertos grupos de fanáticos, llegan incluso a oponerse al nuevo Estado, y reivindican la tradición fariseica opuesta a la política, negándose por ejemplo, al servicio militar o a la participación en la vida cívica.

III

El problema de la orientación de la estructura económica o el problema de las creencias, son simplemente dos casos concretos. Podríanse citar otros muchos de su misma importancia o mayor. Así por ejemplo, el impacto que ha significado la creación del ejército y los usos militares en un pueblo de tradición pacifista, y como en ocasiones entra en conflicto esta nueva fuerza con antiguos núcleos. El reciente asunto Lavín muestra justamente uno de los puntos de fricción.

También la creciente importancia de la Universidad en la vida social del país, así como de la política. Se ha dicho — y debe de haber algo de cierto — que la generación anterior tenía como ideal la vida colectivista en los kibboutz, mientras hoy los jóvenes piensan como ideal ingresar en el Ejército, la Política o la Universidad. En el fondo, se podría aducir que antes no había siquiera país y era necesario hacerlo partiendo desde el agro, y hoy casi un 90 por 100 de la población vive en ciudades y tiene ideales urbanos.

El país todavía se está haciendo. A la fecha las exportaciones sólo representan el 34,5 por 100 de las importaciones, pues el país está capitalizándose y necesita bienes y servicios para asegurar su instalación definitiva. La absorción de los nuevos inmigrantes es un proceso en marcha, que presenta graves problemas de asimilación.

Pero mientras los principales y primitivos problemas siguen en pie, se agregan a Israel los problemas derivados de su misma existencia como Estado y que apuntan muy directamente a su futuro.

A su solución, y esto es típico de Israel, se ponen todos los recursos de la inteligencia colectiva, de un patriotismo auténtico, y de una decisión firme para conservar estos 20 mil kilómetros cuadrados para la comunidad judía. Viendo este prodigio de trabajo y creación política, se piensa en otros pequeños países y sus problemas para los cuales la solidaria y tenaz actitud de Israel puede ser ejemplar.

Diálogo nocturno con un hombre abyecto

(Una lección para contemporáneos)



LIBRA el cristal de una ventana.

EL HOMBRE, (sosegado y hablando fuerte): Entre usted, por favor.

EL HOMBRE: Entre usted. No tiene objeto que permanezca usted al borde de la ventana y a una altura tan incómoda, una vez que ya ha trepado hasta aquí. Le veo bien.

Ahí fuera el cielo, en su oscuridad, es todavía más claro que las tinieblas de esta habitación.

(Cae un objeto al suelo).

EL HOMBRE: Ha dejado usted caer la lámpara de bolsillo.

EL OTRO: ¡Maldita sea!

EL HOMBRE: Es inútil que la busque en el suelo. Voy a encender la luz...

(Se oye el ruido de un interruptor).

EL OTRO: Muchas gracias, señor.

EL HOMBRE: Vaya, ya está usted aquí. Viéndonos, la situación resulta ya menos desagradable. Es usted un viejo.

EL OTRO: ¿Esperaba usted a un joven?

EL HOMBRE: En todo caso, es lo que esperaba. Recoja su lámpara. Está a la derecha de la silla.

EL OTRO: Perdone.

(Un jarrón cae y se hace añicos).

EL OTRO: ¡Maldita sea! Ahora he derribado un jarrón chino.

EL HOMBRE: No, es un cántaro de vino griego.

EL OTRO: Está roto. Lo siento mucho.

EL HOMBRE: No importa. Apenas tendré ocasión de echarlo de menos.

EL OTRO: Después de todo, mi profesión no es escalar fachadas y hacer irrupción en las casas.

¡Lo que se exige ahora de las gentes, sólo el diablo...! ¡Lamento de veras mi torpeza, señor!

EL HOMBRE: Eso ocurre...

EL OTRO: Yo creí...

EL HOMBRE: Pensaba usted que yo dormía en otra habitación. Ya comprendo. No podía saber que a estas horas estaba todavía sentado ante mi escritorio.

EL OTRO: Los hombres normales están acostados a estas horas.

EL HOMBRE: Cuando los tiempos son normales.

EL OTRO: ¿Y su mujer?

EL HOMBRE: No se preocupe. Mi mujer ha muerto.

EL OTRO: ¿Tiene usted hijos?

EL HOMBRE: Mi hijo está en algún campo de concentración.

EL OTRO: ¿Y su hija?

EL HOMBRE: No tengo ninguna hija.

EL OTRO: ¿Escribe usted libros? Este cuarto está lleno de ellos.

EL HOMBRE: Soy escritor.

EL OTRO: ¿Lee alguien los libros que usted escribe?

EL HOMBRE: Los leen en todas partes donde están prohibidos.

EL OTRO: ¿Y dónde no están prohibidos...?

EL HOMBRE: Se los odia.

EL OTRO: ¿Tiene usted un secretario o una secretaria?

EL HOMBRE: En el medio donde usted vive deben circular noticias muy extrañas acerca de las ganancias de los escritores.

EL OTRO: Entonces en la casa no hay nadie más que usted.

EL HOMBRE: Estoy solo.

EL OTRO: Eso está bien. Necesitamos una tranquilidad absoluta. Ya puede usted comprenderlo

EL HOMBRE: Claro.

EL OTRO: Es usted discreto no creándome dificultades.

EL HOMBRE: ¿Ha venido para matarme?

EL OTRO: Tengo este encargo.

EL HOMBRE: ¿Asesina usted por encargo?

EL OTRO: Es mi profesión.

EL HOMBRE: Siempre he tenido una vaga impresión de que en este Estado debe haber ahora también asesinos profesionales.

EL OTRO: Siempre ha sido así, señor. Soy el verdugo de este Estado, desde hace cincuenta años. (Silencio).

EL HOMBRE: ¡Ah, eres el verdugo!

EL OTRO: ¿Esperaba usted a otro?

EL HOMBRE: No... En realidad, no.

EL OTRO: Usted acepta su destino con dignidad.

EL HOMBRE: Te expresas en un lenguaje muy escogido.

EL OTRO: Hoy en día trato sobre todo con personas instruidas.

EL HOMBRE: Es consolador que la instrucción vuelva a ser una cosa peligrosa. ¿No quieres sentarte?

EL OTRO: Me sentaré un poco al borde del escritorio, si no le molesta.

EL HOMBRE: Haz como si estuvieras en tu casa. ¿Puedo ofrecerte una copa de coñac?

EL OTRO: Gracias... Déjelo para luego. Antes no bebo, para que la mano conserve su firmeza.

EL HOMBRE: Ya comprendo. Pero tendrás que servirte tú mismo. Lo he comprado expresamente para ti.

EL OTRO: ¿Sabía usted que había sido condenado a muerte?

EL HOMBRE: En este Estado, todos estamos condenados a muerte; y no tenemos más solución que contemplar fijamente el cielo inmenso a través de la ventana, y esperar.

EL OTRO: ¿La muerte?

EL HOMBRE: Al asesino. ¿A quién, si no? En este maldito país puede esperarse todo, pues sólo lo primitivo es realmente comprensible. Las cosas toman un sesgo lógico, como si hubiésemos en-

trado en una máquina de trincar. El Presidente del Consejo de Ministros me ha atacado, y ya sabemos lo que esto significa; los discursos de Su Excelencia suelen tener consecuencias antiestéticas. Mis amigos han decidido vivir, y se han retirado, ya que todo el que me visita se condena a muerte. El Estado me ha encerrado en la cárcel de su respeto. Pero alguna vez tenía que irrumpir en los muros de mi soledad. Alguna vez tenía que enviarme a un hombre, aunque sólo fuera para darme la muerte. Y a este hombre es a quien he estado esperando. A uno que piensa como piensan los verdaderos asesinos. A este hombre quería demostrarle lo que es la libertad; quería probarle que un hombre libre no tiembla. Y al fin has venido.

EL OTRO: El verdugo.

EL HOMBRE: Con el cual es inútil hablar.

EL OTRO: ¿Me desprecia usted?

EL HOMBRE: ¿Quién podría apreciarte, si eres el más abyecto de todos los hombres?

EL OTRO: ¿Hubiera usted apreciado a un asesino?

EL HOMBRE: Le hubiese amado como a un hermano, y hubiese luchado con él como un hermano. Mi espíritu le hubiera vencido en la hora triunfal de mi muerte. Pero he ahí que ha escalado mi muro y ha entrado por la ventana un funcionario que mata, y que algún día se jubilará con una pensión, por haber matado, y podrá dormir sobre un sofá como una araña ahita. ¡Sé bienvenido, verdugo!

EL OTRO: Gracias.

EL HOMBRE: Estás perplejo. Se comprende. Un verdugo no puede contestar: Celebro haberle conocido.

EL OTRO: ¿No tiene usted miedo?

EL HOMBRE: Es evidente. Hay que guardar cierta consideración a las familias que aún viven en esta casa.

EL OTRO: Traigo un puñal.

EL HOMBRE: Una operación quirúrgica, en cierto modo. ¿Será doloroso?

EL OTRO: Será rápido. Cosa de unos segundos.

EL HOMBRE: ¿Has matado ya a muchos así?

EL OTRO: Sí, a muchos.

EL HOMBRE: Celebro que el Estado haya mandado al menos a un experto y no a un principiante. ¿He de hacer aún algo especial?

EL OTRO: Si quisiera usted desabrocharse el cuello...

EL HOMBRE: ¿Puedo fumar antes un pitillo?

EL OTRO: Claro. Es una cuestión de honor. Lo concedo a todos. Tampoco tengo mucha prisa con los demás.

EL HOMBRE: Un «Camel». ¿Quieres fumar uno?

EL OTRO: Después.

EL HOMBRE: Naturalmente. Todo lo haces después. A causa de la mano. Lo pongo junto al coñac.

EL OTRO: Es usted muy bueno.

EL HOMBRE: Siempre se es bueno con un perro.

EL OTRO: ¿Quiere fuego?

EL HOMBRE: Gracias. Y ya está también desabrochado el cuello.

EL OTRO: Le compadezco de veras, señor.

EL HOMBRE: Yo también lo encuentro lamentable.

EL OTRO: Ya puede considerarse dichoso de que suceda discretamente en esta noche.

EL HOMBRE: Me estimo extraordinariamente favorecido.

EL OTRO: Es usted un escritor.

EL HOMBRE: ¿Y qué?

EL OTRO: Debe ser usted partidario de la libertad.

EL HOMBRE: Ya...

EL OTRO: Los que he de matar ahora lo son todos.

EL HOMBRE: ¿Qué entiende un verdugo de libertad?

EL OTRO: Nada, señor.

EL HOMBRE: Por eso.

EL OTRO: Ha apagado usted el cigarrillo.

EL HOMBRE: Estoy algo nervioso.

EL OTRO: ¿Quiere morir ahora?

EL HOMBRE: Otro cigarrillo, si me lo permites.

EL OTRO: Fume usted. La mayoría fuman un cigarrillo, y luego otro. Ahora son americanos e ingleses. Antes eran franceses y rusos.

EL HOMBRE: Lo comprendo fácilmente. Dos cigarrillos antes de morir y una conversación contigo: no quisiera perderme eso.

EL OTRO: ¿A pesar de despreciarme?

EL HOMBRE: Uno se acostumbra hasta a lo despreciable. Pero después habrá llegado el momento de morir.

EL OTRO: Aquí tiene otra vez fuego, señor.

EL HOMBRE: Gracias.

EL OTRO: Todos tienen un poco de miedo.

EL HOMBRE: Sí, un poco.

EL OTRO: Y a nadie le gusta dejar la vida.

EL HOMBRE: Cuando ya no hay justicia, es fácil abandonarla. Pero tampoco entenderás tú nada de justicia.

EL OTRO: Tampoco, señor.

EL HOMBRE: Te aseguro que nunca he supuesto lo contrario.

EL OTRO: Me figuro que la justicia es cosa de los que estáis aquí fuera. Cualquiera entiende esos llos. Nunca tenéis la misma. Hace cincuenta años que vivo en un presidio. Sólo en los últimos tiempos me mandan fuera, y aun eso, sólo de noche. De vez en cuando leo un periódico. De vez en cuando, escucho la radio. Entonces me entero de la rapidez con que se suceden los acontecimientos, del incesante hundirse y emerger de los fuertes y gloriosos, del paso atronador de sus séquitos, de la desaparición silenciosa de los débiles; pero, para mí, todo sigue igual. Siempre los mismos muros grises, el mismo rezumar de humedad, el mismo rincón mohoso debajo del tejado, que tiene casi la misma forma que Europa en el atlas; el mismo caminar hacia el patio, por los largos y sombríos corredores, en los amaneceres lívidos; siempre las mismas siluetas pálidas, un pantalón y mangas de camisa, que conducen siempre hacia mí, siempre la misma vacilación cuando me ven golpear siempre sin distinción a culpables e inocentes. Golpear, golpear como un martillo, gol-

pear como un hacha a la que no se pregunta nada.

EL HOMBRE: Para eso eres el verdugo.

EL OTRO: Para eso soy el verdugo.

EL HOMBRE: ¿Qué puede importar a un verdugo?

EL OTRO: La manera de morir el reo, señor.

EL HOMBRE: Querrás decir, la manera de reventar.

EL OTRO: Hay diferencias enormes.

EL HOMBRE: Explicame esas diferencias.

EL OTRO: Lo que usted quiere saber es, en cierto modo, el arte de morir.

EL HOMBRE: Al parecer, es el único arte que hemos de aprender hoy.

EL OTRO: No sé si puede aprenderse este arte, ni cómo se aprende. Sólo veo que algunos lo dominan, y muchos, no; vienen a mi muchos que ignoran este arte, pero también, algunos grandes maestros. Mire, señor; tal vez me sería más fácil comprender esas cosas, si conociera mejor a los hombres, cómo se conducen en la vida, qué cosas hacen en realidad, hasta que vienen a mí; qué es casarse, tener hijos, hacer negocios, tener honor, manejar una máquina, jugar y beber; conducir un arado, ocuparse de política, sacrificarse por unas ideas o por una patria, luchar por el poder y todo lo demás. Pueden ser individuos buenos o malos, vulgares o distinguidos, según entendamos la vida, según sean las circunstancias, el origen, la religión o el dinero de que se disponga, o a la fuerza del hambre. De ahí que no conozca yo tampoco toda la verdad acerca del hombre, sino sólo mi verdad.

EL HOMBRE: A ver, muéstrame tu verdad de verdugo.

EL OTRO: Al principio, todo me parecía muy sencillo. Yo era poco más que un animal insensible, una fuerza bruta, destinada a la función de verdugo. Entonces pensé: lo más que se puede perder es la vida, pues no hay otra cosa que la vida; y el que pierde esta vida es un pobre diablo. Por eso me hice verdugo, hace cincuenta años, para reconquistar la vida que, por haber vivido como un pedazo de bestia, había perdido ante el tribunal. Y a cambio de ella, se me pidió que me convirtiese en verdugo profesional. La vida había que merecerla también. Me hice verdugo como cualquiera de vosotros que está en libertad se hace panadero o general: para vivir. Y mi vida fué matar, ahorcar. ¿Acaso no era una intención laudable?

EL HOMBRE: En efecto.

EL OTRO: Nada me parecía más natural que se defendiese un tipo que iba a morir; que entablase una lucha feroz conmigo, hasta que yo lograra colocar su cabeza sobre el cadalso. Así murieron esos jovencuelos salvajes que habían matado en un acceso de cólera, o para robar el dinero necesario para comprar una falda roja a su amiguita. Yo les comprendía, y comprendía sus pasiones, y les quería, puesto que yo era uno de ellos. Sus acciones eran criminales, pero mi manera de matarlos era justa. La cuenta estaba clara. Sucumbiría a una muerte saludable.

EL HOMBRE: Te comprendo.

EL OTRO: Y después hubo otros que murieron de modo distinto, aun cuando a veces pienso que, después de todo, la muerte era siempre la misma. Estos me trataban con desprecio y morían con altivez, señor, no sin haber pronunciado antes magníficos discursos sobre la libertad y la justicia, haberse mofado del Gobierno y atacado a los ricos o a los tiranos en una forma que daba escalofríos oírlo. Imagino que morían así, porque creían tener razón, y es posible, que la tuvieran en efecto, y querían demostrar que les era indiferente morir. Aquí también la cuenta estaba clara y justa; era la guerra entre ellos y yo. Morían llenos de cólera y desprecio, y yo, enfurecido, les asestaba el golpe mortal. Yo creo que ellos y yo servíamos a la justicia. Su muerte era majestuosa.

EL HOMBRE: ¡Caían valerosamente! ¡Ojalá pudiesen morir muchos así!

EL OTRO: Sí, señor; y esto es precisamente lo asombroso. Hoy ya nadie muere de este modo.

EL HOMBRE: ¿Qué dices, miserable? Todo el que muere hoy a tus manos es un rebelde.

EL OTRO: Yo también creo que muchos quisieran morir así.

EL HOMBRE: Cada cual es libre de morir como quiera.

EL OTRO: No, con esta clase de muerte, señor. Para ello es menester que haya público. Eso sucedía bajo los Gobiernos anteriores. Una ejecución daba lugar a un despliegue de magnificencias: allí acudían el juez, el fiscal, el defensor, el cura, algunos periodistas y curiosos, todos con levitas negras, como para una ceremonia oficial, y a veces había incluso redobles de tambor, para dar más solemnidad al acto. Entonces valía la pena que el condenado pronunciase un discurso injurioso, que indignaba y hacía morirse los labios al fiscal. Pero ahora todo es distinto. Mueren a solas conmigo. Ni siquiera asiste un cura a la ejecución, ni se les juzga antes. Como me desprecian, ya no hablan; y en este caso, la muerte es un error, porque la cuenta no es justa y el reo pierde en el negocio. De este modo mueren como bestias, con indiferencia y esto tampoco tiene mérito. Cuando ha habido un proceso, porque el Estado necesita que los haya de vez en cuando, y cuando el fiscal y el defensor aparecen, el reo es ya un hombre derrotado, que se deja hacer cualquier cosa. Esto es una muerte triste. Los tiempos han cambiado, señor.

EL HOMBRE: ¡Los tiempos han cambiado! ¡Hasta el verdugo lo advierte!

EL OTRO: No me explico lo que pasa realmente en el mundo.

EL HOMBRE: ¡El verdugo anda suelto, amigo! Yo también hubiera querido morir como un héroe. Y ahora estoy solo contigo.

EL OTRO: Solo conmigo, en el silencio de esta noche.

EL HOMBRE: Tampoco me queda más solución que morir como una bestia.

EL OTRO: Hay otra muerte, señor.

EL HOMBRE: Explicame cómo puede morirse en nuestro tiempo, de manera distinta que las bestias.

EL OTRO: Muriendo con humildad, señor.

EL HOMBRE: ¡Tu sabiduría es digna de un verdugo! ¡En esta época no hay que ser humilde, miserable! Hoy, esta virtud es inmortal. Hasta el último suspiro hay que protestar contra los crímenes que se cometen contra la humanidad.

EL OTRO: Esta es la misión de los vivos; pero la de los que van a morir es otra.

EL HOMBRE: La misión de los que van a morir es la misma. Yo he de morir esta noche, en este aposento, rodeado de mis libros, producto de mi espíritu, y a manos de un hombre abyecto, antes de que apunte el día; he de morir sin acusación, ni juicio, ni defensa, sin sentencia e incluso sin un sacerdote, privado de todo lo que se concede a los delincuentes. He de morir secretamente, como dice la orden, sin que lo sepan siquiera las personas que duermen en esta casa. ¡Y pretendes que debo ser humilde! ¡Insensato, la infamia de esta época, que convierte a los asesinos en hombres de Estado, y a los verdugos en jueces, obliga a los justos a morir como criminales! Tú has dicho que los criminales luchan. ¡Bien dicho, verdugo! ¡Yo lucharé contigo!

EL OTRO: No tiene objeto luchar conmigo.

EL HOMBRE: El mismo hecho de la inutilidad de luchar con el verdugo es el que caracteriza la barbarie de nuestra época.

EL OTRO: Se dirige usted hacia la ventana.

EL HOMBRE: Mi muerte no debe sumergirse en esta noche, como se hunde una piedra, silenciosamente, sin un grito. Mi lucha habrá de oírse. Quiero gritar por esta ventana abierta sobre esta ciudad aherrojada.

(Grita): ¡Oid, ciudadanos, aquí lucha un hombre con su verdugo! ¡Aquí se sacrifica a un hombre como si fuera una bestia! ¡Ciudadanos, salid de vuestras camas! ¡Venid a contemplar en qué Estado vivimos hoy!

(Silencio).

EL HOMBRE: ¿No me lo impides?

EL OTRO: No.

EL HOMBRE: Seguiré gritando.

EL OTRO: Como quiera.

EL HOMBRE, vacilando: ¿No quieres luchar conmigo?

EL OTRO: La lucha empezará cuando mis brazos te rodeen.

EL HOMBRE: ¡Ya veo! El gato juega con el ratón. ¡Socorro!

(Silencio).

EL OTRO: La calle sigue silenciosa.

EL HOMBRE: Como si no hubiese gritado.

EL OTRO: Nadie viene.

EL HOMBRE: Nadie.

EL OTRO: Ni siquiera en esta casa se oye nada.

EL HOMBRE: Ni un paso.

(Silencio).

EL OTRO: Puede volver a gritar, si quiere.

EL HOMBRE: Es inútil.

EL OTRO: Cada noche grita alguno como usted

en las calles de esta ciudad, y nadie viene en su ayuda.

EL HOMBRE: Hoy se muere solo. El miedo es demasiado grande.

(Silencio).

EL OTRO: ¿No quiere volver a sentarse?

EL HOMBRE: Probablemente no me queda otra solución.

EL OTRO: Beba coñac.

EL HOMBRE: Esto alivia cuando hay que prepararse a luchar contigo, ¡canalla!

(Escupe).

EL OTRO: Está usted desesperado.

EL HOMBRE: Te escupo el coñac en la cara y no te inmutas. Nada te altera.

EL OTRO: No soy yo quien ha de morir esta noche, señor.

EL HOMBRE: El verdugo vive eternamente. Hasta ahora he combatido con las armas de un hombre, con las armas del espíritu. Yo era un Don Quijote que se precipitaba, con una buena prosa, sobre una bestia inmundada. ¡Qué ridículo! Y ahora que ya estoy vencido y desgarrado por sus zarpazos, he de luchar a dentelladas. ¡Es una empresa prometedora! ¡Qué comedia! Luchó por la libertad y no tengo siquiera un arma para matar a tiros al verdugo en mi propia casa. ¿Puedo fumar otro pitillo?

EL OTRO: No necesita preguntar, señor, si al fin quiere luchar conmigo.

Silencio.

EL HOMBRE, en voz baja: Ya no puedo luchar.

EL OTRO: No debe usted hacerlo.

EL HOMBRE: Estoy cansado.

EL OTRO: Todo el mundo llega a cansarse, señor.

EL HOMBRE: ¡Perdóname, por haberte escupido el coñac en la cara!

EL OTRO: Lo comprendo.

EL HOMBRE: Habrás de tener paciencia conmigo. Morir es un arte demasiado difícil.

EL OTRO: Tiembla usted y las cerillas se le rompen en la mano. Yo le daré fuego.

EL HOMBRE: Como las dos veces anteriores.

EL OTRO: Exactamente.

EL HOMBRE: Gracias. Sólo éste. Después ya no te crearé más dificultades. Me doy por vencido.

EL OTRO: ¿Como los humildes, señor?

EL HOMBRE: ¿Qué quieres decir?

EL OTRO: Nadie es tan difícil de comprender como los humildes, señor. Sólo para llegar a conocerlos, hace falta mucho tiempo. Al principio, yo les despreciaba, hasta que descubrí que eran los grandes maestros en el arte de morir. Cuando se muere como un animal indiferente, hay que entregarse sin defensa y dejarse ejecutar. Es lo que hacen los humildes y, sin embargo, es distinto. No es una entrega por cansancio. Antes pensaba yo: es por miedo. Pero, se da el caso que los humildes no tienen miedo. Al fin creí descubrir la verdad: los humildes eran delincuentes que aceptaban la muerte como un castigo. Lo extraordinario es que también morían así los inocentes, los hombres de los que yo sabía exactamente que era una injusticia matarlos.

EL HOMBRE: No lo entiendo.

EL OTRO: A mí me inducía en error, señor. Cuando el humilde era un criminal, me lo explicaba fácilmente; pero que un inocente pudiera morir de este modo, era incomprensible para mí, y no obstante, morían si no se cometiese un crimen con ellos, como si su muerte fuese justa. Durante algún tiempo, me asustaba tener que matarles, y cuando lo hacía, llegaba a detestarme, tan insensata e incomprensible era la muerte a mí entender. La ejecución carecía de sentido.

EL HOMBRE, (cansado y triste): ¡Locos! ¡Eran unos locos! ¿De qué sirve una muerte así? Cuando se está ante el verdugo es indiferente la actitud que se adopta para morir. Se ha perdido la partida.

EL OTRO: No lo creo.

EL HOMBRE: Eres modesto, verdugo. Al fin y al cabo, tú eres hoy el gran vencedor.

EL OTRO: Sólo sé decirte lo que aprendí de los que murieron inocentes y humildes, señor.

EL HOMBRE: ¿Tú aprendes también de los inocentes que matas? ¡A esto lo llamo yo ser aprovechado!

EL OTRO: No he olvidado ninguna de esas muertes.

EL HOMBRE: Debes de tener una memoria fenomenal.

EL OTRO: No puedo pensar en otra cosa.

EL HOMBRE: ¿Qué te enseñaron los inocentes y humildes?

EL OTRO: ¿Tu poder no tiene fin?
(Silencio).

EL HOMBRE: ¿Cómo? ¿Vacilas? Cuando llegamos al extremo de que ya sólo los verdugos razonan como filósofos... ¡Explicáte!

EL OTRO: Señor, el poder que se me ha conferido y que yo ejerzo con mis manos, el semicírculo plateado del hacha que cae, el destello del puñal que clavo en las tinieblas de la noche o el suave nudo corredizo que paso alrededor del cuello no son sino una pequeña parte de la fuerza de los que atropellan al ser humano en esta tierra. Todas las violencias se parecen, y por eso mi poder es el de los poderosos: cuando mato, son ellos los que matan por mi mano. Ellos están arriba y yo estoy abajo. Los pretextos varían; van del más espiritual y más noble al más vil, pero yo no tengo pretextos. Ellos mueven el mundo; yo soy el eje inmóvil, alrededor del cual gira su terrible rueda. Ellos dominan y, en el fondo de su terror, se halla mi rostro silencioso; en mis manos enrojecidas, encontré su poder la forma definitiva, como el pus que se acumula en una pústula. Yo existo porque toda acción violenta es mala y así, mientras estoy sentado en este escritorio, bajo el resplandor de esta lámpara, ante mi víctima, estrechando con mi mano un puñal, debajo de esta capa de paño usado, empapado de sangre de inocentes, se me desprecia, porque así se descarga sobre mis hombros la ignominia de los poderosos, a fin de que toda su deshonra recaiga sobre mí. Yo soy temido; pero a los poderosos no sólo no se les teme, sino que además se les admira. Disfru-

tan de sus tesoros, provocando la envidia, pues el poder es engañoso, y hace amar lo que debería odiarse. Así sucede que los compinches y los cómplices se adhieren a los poderosos, y saltan como perros para atrapar las migajas que el déspota les echa para servirse de ellos. El que está arriba vive de la fuerza arrebatada a los de abajo, y viceversa; es una tenebrosa amalgama de violencia y de miedo, de codicia y de infamia que lo envuelve todo y, al fin, engendra un verdugo, al que se teme más que a mí: ¡es la tiranía, que precipita a diario a las masas, en filas interminables, al degolladero, a la guerra que se avecina, a la guerra estúpida, que no cambia nada y sólo destruye, porque un crimen da origen a otro crimen, una tiranía a otra tiranía, y así, hasta el infinito, como las espirales que se hunden en el infierno!

EL HOMBRE: ¡Calla!

EL OTRO: Usted quiso que hablase, señor.

EL HOMBRE, (desesperado): ¿Cómo escapar de tí?

EL OTRO: Yo puedo apoderarme de su cuerpo, señor, vencido por la fuerza, que se impone por la fuerza a todo lo que está destinado a convertirse en polvo, pero mi poder no alcanza a la causa por la que usted ha luchado. Sobre ella no tengo poder alguno, porque no se disuelve en polvo. Esto es lo que yo, verdugo, hombre despreciado, he aprendido de los inocentes que cayeron bajo mi hacha y que no se defendieron. El que a la hora de la muerte injusta depone su orgullo, su miedo y hasta su derecho, para morir como un niño, sin maldecir al mundo, obtiene un triunfo como jamás consiguió otro igual ningún déspota. La muerte silenciosa de los humildes, su serenidad, que también me ha envuelto como una oración, la monstrosidad de su ejecución, contraria al buen sentido; esa cosa que, ante el mundo, no es sino una carcajada, menos aún, un encogimiento de hombros, me reveló la impotencia de los injustos, la irrealidad de la muerte y la realidad de lo existente; esa cosa sobre la que no tengo ningún poder, a la que ningún esbirro puede prender, ni ninguna cárcel encerrar, de la que sólo sé que existe, ya que todo criminal está preso en la sombría mazmorra de su propio ser. Si el hombre no fuese más que un cuerpo, señor, todo sería muy sencillo para los tiranos. Podrían levantar sus imperios, como se levantan los muros, sillar sobre sillar, para formar un mundo de piedra. Pero, cualquiera que sea su manera de construir, por grandiosos que sean sus palacios, por inmensos que sean sus medios, por audaces que sean sus planes y por ingeniosas que sean sus intrigas, en los cuerpos de los ajusticiados, que son el material empleado en sus construcciones, en ese material tan endeble, está latente el conocimiento de cómo debería ser el mundo y la conciencia de cómo es; en él se encierra el propósito de Dios, al crear al hombre, la creencia de que este mundo habrá de ser destruido para que venga Su reino, destruido por una fuerza explosiva más enorme que la del átomo, y que siempre vuelve a modelar al hombre, como si en su masa inerte hu-

biese una levadura que acaba siempre por hacer saltar los reductos del despotismo, lo mismo que el agua tranquila desintegra las rocas y pulveriza sus bloques, transformándolos en la arena que se escurre entre los dedos de un niño.

EL HOMBRE: ¡Trivialidades! ¡Nada más que trivialidades!

EL OTRO: Hoy sólo tienen importancia las trivialidades, señor.

Silencio.

EL HOMBRE: Se acabó el cigarrillo.

EL OTRO: ¿Quiere otro?

EL HOMBRE: No, ya no quiero más.

EL OTRO: ¿Coñac?

EL HOMBRE: Tampoco.

EL OTRO: ¿Entonces...?

EL HOMBRE: Cierra la ventana. Ya pasa el primer tranvía.

EL OTRO: La ventana está cerrada, señor.

EL HOMBRE: Quise decir cosas elevadas a mi asesino, y ha sido el verdugo quien me ha hablado de cosas sencillas. Yo he luchado por una vida mejor sobre esta tierra, para que no se nos explotara como a las acémilas, a las que se unce el arado. ¡Hala, avanza! ¡Produce pan para los ricos! Y para que prevaleciese la verdad, para que pudiéramos ser no sólo taimados como las serpientes, sino también dulces, como saben ser las palomas y, finalmente, para que nouviésemos

que reventar en un desolladero cualquiera, en un campo enlodado o entre tus manos ensangrentadas; para que no fuese necesario pasar por este miedo, este miedo envilecedor que inspira tu oficio. Era una lucha por las cosas evidentes, y es triste una época en la que hay que luchar por ellas. Pero cuando llega el momento en que tu cuerpo monstruoso se introduce por sorpresa en nuestra morada, como llovido del cielo, entonces se puede ser humilde de nuevo; lo que importa entonces no es lo evidente, sino el perdón de nuestros pecados y la paz en nuestra alma. Lo demás ya no es cosa nuestra, porque se nos quita de las manos. Nuestra lucha era buena, pero nuestra derrota es todavía mejor. Nada de lo que hicimos se pierde. Siempre se reanuda el combate, siempre, en cualquier parte, en un momento dado, alguien toma la iniciativa. ¡Anda, verdugo! Apaga la luz. El primer resplandor del alba guiará tus manos.

EL OTRO: Como usted quiera, señor.

EL HOMBRE: Está bien.

EL OTRO: Se levanta usted...

EL HOMBRE: No tengo nada más que decir. Ya llegó el momento. Toma el puñal.

EL OTRO: ¿Se siente bien en mi brazo, señor?

EL HOMBRE: Muy bien. ¡Clava!

Friedrich DURRENMAT

La evolución en las opiniones

Un anarquista puede modificar su opinión acerca de esto o aquello en la vida y la actividad individualista, en todo.

Su experiencia, un juicio madurado, el conjunto de sus observaciones, pueden aconsejarle modificar la interpretación sobre un punto determinado y a «sentir», sin posibilidad de controversia, que si no lo modificara, sería por debilidad, por temor al «qué dirán» en su propio ambiente, y que en todo caso esa actitud de duda equivaldría a considerarse infeliz.

Pues bien, un hombre no debe consentir jamás hacerse esclavo de una opinión que no comparte.

Se comprende, pues, que un hombre pueda cambiar de opinión acerca de la practicabilidad del ilegalismo; la unidad o la pluralidad en amor, la libre disposición del producto personal, etc. Se pueden adquirir, a medida que transcurre el tiempo, conocimientos y convicciones que no se habían previsto en el momento de formarse la opinión sobre eso o aquello. Lo que interesa es que la opinión que se manifiesta, no se transforme luego en obligación o violencia; que ésta sea presentada como una proposición, jamás como una imposición.

Poco importa que un compañero cambie de opinión o de práctica, sobre un punto cualquiera de la vida, tantas cuantas veces sea necesario, lo que interesa es que no se le ocurra presentar su punto de vista como siendo el «único acertado». Lo que interesa es que cuando se entre en contacto con él, se le halle en tanto que negador de la autoridad, un secuzar y un practicante, hasta donde sea posible, de la filosofía del antiautoritarismo, un individualista anárquico viviente y activo.

E. ARMAND

(Trad.: F. Ferrer).

VII de Toledo» (Allamira: «Manual de Historia de España»). Mas no puede hacerse extensiva esta benevolencia a la mayoría de los prelados y a la misma Iglesia española, cuyos primeros concilios fueron de ciega obcecación contra toda herejía. Una de las primeras víctimas de este furor intolerante fué Prisciliano (340-418), obispo de Avila, condenado por un concilio y ejecutado por Máximo.

Durante la época goda, en particular a partir de la ascensión al trono por Recaredo, la Iglesia asume en España un poder teocrático absoluto. Para solemnizar su conversión al cristianismo Recaredo convocó el III concilio de Toledo (589), en el cual la católica fué proclamada religión del Estado, lo que dió lugar a persecuciones contra los judíos. El clero católico adquirió una gran preponderancia en los negocios eclesiásticos y políticos. Recaredo es el Constantino español. Antes de Recaredo los concilios de la Iglesia habían tratado siempre de asuntos religiosos exclusivamente; desde Recaredo pasan a ocuparse también de los temporales. Esta siembra dió su pleno fruto en el reinado de Sisebuto (612), uno de cuyos edictos ponía a los judíos ante la alternativa de convertirse por el bautismo en el plazo de un año o ser rapados (la mayor humillación entre godos), azotados, confiscados y expulsados. Rudolf Rocker estima en 90 mil los judíos que se sometieron al bautismo, y en unos 200 mil los emigrados a Africa y Francia (Rocker: «Nacionalismo y Cultura»). Por su parte Lafuente califica el suceso de nueva dispersión del pueblo judío, y añade: «La Iglesia comenzaba a hacerse intolerante». En 633, otro concilio, bajo Sisenando, moderó en parte el edicto de Sisebuto, pero establecía que les fuesen arrancados los hijos a los judíos no conversos para ser educados católicamente. Los judíos casados con cristianas debían optar entre la conversión y la separación de cuerpos. Chintila convocó los concilios V y VI. Este decretó que no se diese posesión del reino a quien no jurase intolerancia al judaísmo. El no cristiano sería considerado como esclavo. Recesvinto (VIII concilio) remachó las leyes antisemitas. Y si Wamba restauró la tolerancia religiosa, Ervigio permitió que los obispos restablecieran la segregación religiosa. Finalmente, Egica, so pretexto de que los judíos complotaban con sus correligionarios de allende el Estrecho, puso en vigor nuevas leyes antiebraicas. Por éstas los judíos eran declarados perpetuamente esclavos, y sus hijos debían serles arrancados desde los siete años de edad. Cerremos este capítulo señalando que uno de los monumentos jurídicos orgullo de los próceres cristianos es el «Fuero Juzgo». Pues bien, esta compilación de leyes romanas, germánicas y visigodas, que causó la hilaridad de Montesquieu, dedica uno de sus doce libros a propiciar el exterminio del judaísmo (Lafuente, obra citada).

JOSÉ PEIRATS

La Sión hispánica

(Ensayo sobre el judaísmo español)

“CENIT”

Toulouse 1961

debemos discernir dos hechos. Primero, la segunda destrucción de Jerusalem por Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, en el año 70 de nuestra era, y el concilio de Iliberis, celebrado en el año 300. Don Modesto Lafuente, en su «Historia de España», nos cuenta que en el reinado de Vespasiano se realizó una de las profecías de los libros sagrados: la destrucción de Jerusalem y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella terrible hazaña de Tito, 97 mil fueron hechos cautivos. Judea dejó de existir como nación, y España, concretamente Mérida, fué uno de los lugares de su confinamiento. Sin embargo, el problema judío toma cuerpo por primera vez en nuestras crónicas a través del concilio de Iliberis (o Elvira, cerca de Granada). El canon 49 de aquel concilio dice: «Se advierte a los dueños de haciendas que no permitan a los judíos bendecir los frutos que dios les ha dado para no hacer superflua nuestra bendición. El clérigo o fiel que coma con los judíos deberá ser alejado de la comunidad para que se corrija.»

Esta hostilidad parece más bien represalia de los primeros cristianos por la traición de Judas Iscariote. Pero el antijudaísmo toma cuerpo en nuestra península avanzada la época visigoda. Los bárbaros nos invaden en 409: vándalos, suevos y alanos. Los visigodos en 414. «Ya hubo entonces también, como sabemos, problema judío, que llevó otro rumbo, puesto que se les persiguió y desterró (no obstante la protesta del clero católico), si bien la expulsión completa no se pudo conseguir» (Rafael Altamira: «Los elementos de la civilización y el carácter de los españoles»). Según Sánchez-Albornoz («Españoles ante la historia»), los judíos sólo fueron importantes en los reinos cristianos a partir del siglo XII. Dice Gonzalo de Reparaz («La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio»): «Los godos, gente inculta e intrusa, no del todo germánica y recién cristianizada, perseguían a los judíos, antiguos habitantes de Iberia (desde muchos siglos antes de Cristo), laboriosos, conquistadores por las artes de la paz, no por la espada, constructores, no destructores, y usaban contra ellos la acusación de la muerte de aquel Cristo de quien los acusados no tenían más noticia que la que sus perseguidores les daban.»

Rafael Altamira tiene mucho interés en señalar que los judíos vivían respetados gracias a la doctrina de la Iglesia defendida por San Isidoro, quien aconsejaba convertirlos mediante la persuasión y la predicación: «Algunos reyes (Sisebuto, Chintila, Recesvinto y Egica) procedieron en contra de esta doctrina, aunque no siempre por motivos religiosos, sino, a veces, políticos, y fueron censurados o contenidos en sus violencias por los obispos y por los concilios IV, VI y

Los judíos no pudieron conquistar jamás completamente aquel verde país prometido por Jehová. Ocupaban el litoral otros pueblos organizados en ciudades independientes: filisteos, cananeos y fenicios. Para colmo de infortunio la tierra de Canaán era un vasto « no man's land » por el que se producía el vaivén de los ejércitos de los dos poderosos Estados de la época: Asiria y Egipto. La situación de los judíos, según frase feliz de H. G. Wells, podría compararse a la de una tribu de gitanos que osase campar en plena Quinta Avenida neoyorquina. En 604 A-J los vencedores de turno castigaron su complicidad con los egipcios vencidos con su deportación en masa a Babilonia (destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor II).

De su cautiverio de 70 años regresaron los judíos civilizados. Antes no habían sido más que una tribu de bárbaros. En Babilonia se familiarizaron con las ciencias, la industria y el comercio. Se supone también que forjaron allí la mayor parte de los materiales del Antiguo Testamento, copia, en gran parte, de las tradiciones caldeas. Para Rechús los judíos deben a los babilonios el nombre de su dios: Yaveh o Jehová. El acervo religioso-racista quedaba plasmado en estos principios: Que constituye el pueblo judío una sola raza. Superioridad de la raza judía sobre las demás, según revelación de Yaveh. El mismo Yaveh no era sólo un dios sino el único dios. Que en consecuencia el pueblo judío era el escogido por dios en la tierra. (Monoteísmo y mestianismo).

Estos principios serían exacerbados por las persecuciones y destierros a partir de la primera dispersión o diáspora. Después de la catastrófica gestión de los reyes judíos se inauguraría la fase de los profetas o sacerdotes. (Profeta significa «hablar en nombre de dios»). Estos empezaron a anunciar un salvador o « mesías ». El gran crimen de Jesús fué creerse este enviado de dios. Entre sus compañeros los había petrificados por el dogma (los fariseos) y herenizados, que hasta llegaban a negar la inmortalidad del alma. Los primeros no perdonaron al reformador haber expulsado a los mercaderes del templo. Por otra parte tenían las consecuencias revolucionarias de aquellas predicaciones tan atrevidas. Temían los caifases posibles represiones de las autoridades romanas contra toda población judía. De ahí la denuncia y entrega de aquel perturbador.

— 3 —

SI intentamos explicarnos el origen de los conflictos entre los pueblos de la antigüedad nos encontramos con que fueron originados por un proceso laborioso de adaptación a las condiciones del medio geográfico. Tal o cual tribu errante, pastoril y transhumante, se sitúa en un valle fértil, surcado por el cauce de un río más o menos caudaloso, planta allí sus tiendas, construye los primeros rudimentos de una población, empieza a cultivar la tierra, planta sus árboles, eleva sus templos, inicia, en fin, las bases de una civilización poniendo en práctica instituciones políticas, económicas, sociales y militares. Estas para defenderse de las incursiones o piraterías de otras tribus aún errantes. El nomadismo parece haber sido la más primitiva condición del hombre. La lucha entre nómadas y sedentarios ensangrienta las primeras páginas de la historia. El espíritu guerrero, militarista o colonialista de nuestros días es una reminiscencia de un proceso de adaptación al medio todavía no conseguido por el hombre. El sedentarismo significa la civilización, pero también el sacrilego principio de propiedad de la tierra, del que se desprende el no menos sacrilego prejuicio de casta; el nomadismo es sinónimo de barbarismo, pero lleva gérmenes de universalismo y de libertad. La historia de las primeras civilizaciones en la confluencia del Tigris y el Eufrates tiene este mismo sentido. Los sedentarios pasan de la condición de pastores a la de agricultores e industriales. La sociedad toma cuerpo, pues la adaptación a un medio determinado permite la práctica de refinamientos imposibles en la vida errante: los más sublimes la iniciación en las artes y las ciencias, la especulación filosófica hija de la preocupación religiosa. La civilización domaña el furor belicoso en beneficio de otras cualidades más sutiles. Los pueblos nómadas, reacios al sedentarismo por incapacidad de adaptación, desarrollan, en cambio, una enorme capacidad militar. Las primeras civilizaciones caen a pedazos al empuje de los discolos nómadas; pero los victoriosos, seducidos a su vez por sus conquistas, son en realidad vencidos por la civilización, en la que quedan presos irresistiblemente. Otros bárbaros les atacarán a su vez para ser seguidamente asimilados. Un núcleo de civilización cualquiera se compone de capas superpuestas que significan otras

tantas tentativas de destrucción frustrada. Los actores, vencidos y vencedores, son diferentes, pero la civilización es una sola. En realidad las hordas bárbaras no destruyen las civilizaciones, sino que la civilización los destruye a ellos. Los espacios libres van poblándose de ciudades, los baldíos sufren la santa profanación del arado, a la guerra de rapiña sucede el comercio de trueque, elemento del equilibrio futuro. Este equilibrio está todavía por realizarse.

Pero de la misma manera que existen en el organismo humano reminiscencias de órganos ya sin función fisiológica aparente, existen pueblos que por razones muy complicadas, difíciles de discernir, conservan hondos resabios de su estructura social-religiosa primitiva. Uno de estos pueblos, entre tantos, es el judío. El pueblo judío figura entre los más antiguos. El que se considera su patriarca, Abraham vivió miles de años antes de la era vulgar. Abraham es un jefe nómada que recorre las llanuras del alto Eufrates haciendo pastar a sus rebaños. Los hebreos hablan vivido muchos años en las llanuras donde serpentean los afluentes de este gran río. Llevados de su vida trashumante, rechazados por otras tribus, huyendo quizás de la sequía, abordan las tierras fértiles del Jordán. Rechazados tal vez por su primer ocupante pidieron asilo al rey de Egipto, quien les permitió establecerse en el valle del Nilo. En Egipto cambiaron sus costumbres. De pueblo nómada conviértense los judíos en sedentarios; de pastores en agricultores. Mas recibidos como huéspedes no tardaron en ser considerados como esclavos. Como tales tuvieron que edificar ciudades, abrir canales, levantar diques para regar las huertas de sus dominadores. ¿Explicación a todo esto? Artes guerreros una hipótesis confirmada por acontecimientos muy posteriores. Los hebreos, imbuidos ya en aquellos tiempos de un acendrado espíritu de comunidad racial, no se dejarían asimilar. El espíritu racial sería reforzado por un sentimiento religioso no menos hondo. La religión está quizás en el origen del pueblo judío. Según Reclus el mismo Abraham se confunde con Orkham, rey de la ciudad de Ur, en Caldea, gran reformador religioso que suprimió los sacrificios humanos. Esto se reproduce en la biblia, donde un ángel detiene el brazo de Abraham en el momento en que iba a apuñalar a Isaac y una cabra ocupa el lugar de sacrificio. El mismo Abraham es oriundo de Ur. Los hebreos cautivos en Egipto formarían ya un pueblo religioso. Moisés les arrancó de este cautiverio mediante una fuga espectacular a través del desierto, el Mar Rojo, la península de Sinaí y la tierra de Canaán. Cerraban así un vasto periplo del Eufrates al Nilo y de éste al Jordán. La sola permanencia en Egipto había durado cuatro siglos o cuatro generaciones, que en esto no concuerdan los textos bíblicos.

II

¿Cuándo llegaron los primeros judíos a España? Según Gonzalo de Reparaz habitaban Iberia muchos años antes de Cristo. Claudio Sánchez-Albornoz cree que de antes de la diáspora. Salvador de Madariaga supone que vinieron en la época del rey Salomón y presta cierto crédito a que serían los fundadores de Toledo (del vocablo hebreo «Tholedoth»). «La Sión Hispanica», Eliseo Reclus los supone introducidos por los galeones fenicios (de mil a mil quinientos años antes de Cristo). Dice este autor en el primer tomo de «El hombre y la tierra»:

«Así la evolución moral de los judíos había terminado presentando el conjunto del movimiento que se había producido ya en todas las comarcas del derredor; pero este estado de cosas habría conservado su carácter local y no habría llevado la evolución a los destinos comunes de la humanidad si el pequeño pueblo de Israel hubiese quedado encerrado en el estrecho enclave conquistado a los cananeos. Pero mucho antes de la dispersión de los judíos ordenada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido individualmente por familias y hasta por grupos considerables, por todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, se habían insinuado en todos los países del mundo afechos a la civilización occidental. Igual que las otras naciones de Siria, los judíos figuraron prominentemente entre la clientela de los ricos negociantes fenicios y, de generación en generación, gran cantidad de estos clientes siguió a los aventureros mercaderes hasta las estaciones extranjeras. Unos, de buen grado, otros como esclavos o cautivos, habían «emigrado» a los países lejanos y fundaron por todas partes pequeñas comunidades israelitas que debían, en los períodos decisivos, recibir el impacto de los acontecimientos ocurridos en la madre patria...»

De lo que se desprende que los maestros de los judíos en su ciencia especulativa fueron los fenicios. (Los judíos serían aprendices de los fenicios establecidos por su cuenta). Teniendo en cuenta el importante papel fenicio en la colonización de Iberia, quizás sus primeros colonizadores, tenemos un indicio seguro de la fecha de su trasplantación en nuestro país. Pero considerada históricamente esta cuestión

España

Este texto es de Victor Hugo. Lo escribió el año 1868, cuando en España empezaba a desarrollarse la Primera Internacional obrera. Por considerarlo de sumo interés y todavía actual, CENIT lo ofrece hoy a sus lectores.

UN pueblo ha sido durante mil años (del sexto al décimosexto siglos) el primer pueblo de Europa, como Grecia por la epopeya, como Italia por el arte, como Francia por la filosofía.

Este pueblo tuvo un Leónidas bajo el nombre de Pelayo y un Aquiles bajo el nombre de Cid. Este pueblo comenzó en Viriato y ha terminado en Riego; ha tenido Lepanto como los griegos tuvieron Salamina; sin él Corneille no habría creado la tragedia y Cristóbal Colón no habría descubierto América; este pueblo es el pueblo indomable del Fuero-Juzgo; tiene defensas naturales casi como las de Suiza por su relieve geológico, porque el Mulhacem es para el Mont-Blanc como 18 es a 24; ha tenido su parlamento de los bosques, contemporáneo del foro de Roma, mitin del bosque en el que el pueblo reinaba dos veces por mes, en la luna nueva y plenilunio; ha tenido las Cortes de León setenta años antes que tuvieran los ingleses su parlamento; desde 1133, en las Cortes de Borja tuvo su tercer Estado preponderante y se ha visto en la Asamblea de esta nación una ciudad como Zaragoza enviar 15 representantes al parlamento; en 1307, bajo Alfonso III, proclamó que la insurrección popular era un derecho y un deber; en Aragón instituyó el hombre llamado el Justicia, superior al hombre llamado Rey; frente al trono ha erigido el temible SINO NO; a Carlos V le rechazó los impuestos; adolescente aún, ese pueblo tuvo en jaque a Carlomagno y moribundo a Napolén. Ese pueblo ha sufrido terribles enfermedades y pestes, pero en fin de cuentas no ha sido más deshonrado por los monjes que los leones por los piojos. No le ha faltado a ese pueblo más que dos cosas: SABER PRESCINDIR DEL PAPA Y SABER VIVIR SIN REY.

EN la navegación, en la aventura, en la industria, en el comercio, en la invención aplicada al universo, en la creación de itinerarios desconocidos, en la iniciativa, ha sido como Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más. Ha tenido doctores, poetas, profetas, héroes, sabios. Tiene la Alhambra, como Atenas tiene el Partenón, y a Cervantes como Francia tuvo a Voltaire. El alma inmensa de este pueblo ha producido tanta luz que para apagarla ha sido necesario un Torquemada; sobre ese faro los papas colocaron su tiara, productora de tinieblas. El papismo y el absolutismo se han unido para reducir a nada esta nación. Toda su luz la han convertido en llamas y hemos visto a España atada a la hoguera. Este quemadero inconmensurable ha cubierto el mundo, su humo ha sido la nube amenazadora de la civilización durante tres siglos y el suplicio terminado, consumada la quemadura, puede decirse: estas cenizas son ese pueblo.

DE esas cenizas vuelve a surgir hoy esa nación. Este pueblo renace. ¿Surgirá grande? ¿Surgirá pequeño? He ahí la cuestión.

España puede volver a su puesto. Volver a ser igual que Inglaterra o Francia. La ocasión es buena. ¿Sabrá aprovecharla? ¿Para qué una monarquía más en el mundo? España sujeta a un rey prisionero de otras potencias: ¡qué empequeñecimiento! Además, debido al poco tiempo que duraría una monarquía no merece la pena esforzarse por su restauración. El decoro va a cambiar. Todo lo que sea decir ¡abajo los reyes! es decir ¡viva la paz!, es decir ¡fuera el militarismo!

Una España regenerada por la fuerza de su pueblo,

sería la posibilidad de vida para sí misma y que ha reinado, en el Mediterráneo antes que Venecia y en el Océano antes que Inglaterra;

sería la industria próspera allí donde sólo hay miseria;

sería Cádiz equiparado a Southampton, Barcelona igual que Liverpool y Madrid igual que París;

sería la probabilidad de que Portugal se uniese al resto de Iberia atraído por su luz y por su prosperidad. La libertad es un imán de anexiones.

Una República en España sería:

la constatación pura y simple de la soberanía del hombre sobre sí mismo, soberanía indiscutible que no puede ponerse a votación;

la producción sin tasas, el consumo sin aduanas, la circulación sin restricción, el taller sin proletariado, la riqueza sin parasitismo, la conciencia sin prejuicios, la palabra sin sordina, la ley sin la fuerza, sin ejército, la fraternidad sin Caín.

Sería:

el trabajo para todos, la instrucción para todos, la justicia para todos, el cadalso para nadie;

sería el ideal convertido en algo real y palpable.

Lo mismo que hay una golondrina que guía a las otras, habría una nación que sería ejemplo de las demás.

La República en España sería la probidad para administrar, la verdad para gobernar, la libertad para reinar; sería la soberana realidad invulnerable; la libertad es pacífica porque es invencible, y es invencible porque es contagiosa. El ejército lanzado contra ella se vuelve contra el déspota. La República en España sería en horizonte la irradiación de lo verdadero, promesa general para todos; como amenaza lo sería solamente para el mal. España sería un gigante, el gigante del derecho atrincherado en los Pirineos.

Si España se levanta monárquica, será pequeña, solamente con una República verdadera podrá demostrar su grandeza de alma.

¡Que elija!

VICTOR HUGO

ECONOMIA

España económica

La cosecha total de España puede cifrarse en 10.000 millones al año por término medio, a base del cálculo quinquenal de 1927 a 1931, ambos inclusive, correspondiendo de aquéllos 10.000 millones unos 1.000 millones a Cataluña. Dividiendo el valor de la cosecha total de España entre los 25 millones de hectáreas de suelo productivo, resulta un cociente de 400 pesetas por hectárea y año. O lo que es igual: que el trabajo de 400 pesetas por cada hectárea al año, y que esa misma unidad superficial — la hectárea — sólo vale en el mercado 300. Por consiguiente, lo que hacen los agricultores con su trabajo es volver a comprar cada año el suelo español a los propietarios a más alto precio del que éstos mismos lo tasan para sus transacciones.

¿Y qué mejoras realizaron los propietarios en sus fincas? Ninguna. Plantaciones, caminos, riegos, nivelación de parcelas, defensa contra las corrientes fluviales, aclimatación de especies nuevas, injertos, fruta selecta, lucha contra el salitre y el paludismo, lo que supone incremento de valor se ha hecho sin que el propietario pusiera nada, ni siquiera la iniciativa.

Los trabajadores han sido protagonistas de la transformación agrícola. Ellos extendieron las zonas de humedad cavando y dragando acequias, grandes y pequeños perfiles de riego. Ellos organizaron como regantes el régimen del agua con turnos adecuados. Puede decirse que racionalizaron el riego una vez abandonado el monocultivo cerealista.

En las tierras del viejo regadío se llevó también a cabo por los cultivadores el incremento de valor, poblándolas de frutales, viña y olivar.

Si el suelo español cultivado se pusiera hoy en venta y de la totalidad del precio se dedujera el importe de las mejoras efectuadas por los trabajadores, no quedaría nada para los propietarios.

Hubo tierras que renacieron en pocos años, convirtiendo su calidad pantanosa y abarrancada en espléndido vergel. Los propietarios, cuando valía veinte o treinta mil duros lo que dos lustros antes no valía — en el mercado — ni mil, lo vendían, capitalizando las mejoras hechas en la tierra como si las hubieran efectuado ellos. Esta maniobra les dió unos años de euforia al finalizar el siglo pasado, cuando todavía creía la generalidad de los españoles que la propiedad era intangible y divina.

Los propietarios de tierras mejoradas no abonaron las mejoras que moral y legalmente pertenecen a quienes la realizaron. Tales mejoras equivalen a la cuantía en que cifran los propietarios el importe de las tierras que suponen suyas.

Estos cálculos y estas experiencias se deben a los trabajadores del campo que saben calcular. Son incorporadas a este ensayo porque para todos pueden ser ejemplo de probidad y anhelo justiciero. Por encima de la metafísica marxista y de cualquier otra sociología de buenaventura, los campesinos autores de estos estudios sienten el estímulo de demostrar que no caben interpretaciones librescas para justificar, plantear y resolver el problema social. Y respecto a la crítica de la propiedad y de la renta, ni el propio Proudhon llegó a calibrar con tanta agudeza la bancarrota del capital, sus taras y sus trampas.

Decid ahora si estos grupos españoles del agro no hubieran vertebrado España. El proceso fatal de la guerra perdida por el Estado, interrumpió la vertebración en camino de justificarse.

Ningún filósofo ha sido capaz de plantear problemas de tanta envergadura como nuestros modestos labradores los plantaron después de trabajar jornadas agotadoras y atender a la prole.

Los plantearon con sencillez, incluso con austeridad, belleza de cifra y prueba, que nadie habrá de desconocer. Para que no se desconozca aportación tan clara, es preciso archivar estos datos y tenerlos en cuenta cuando el charlatanismo político quiera desnaturalizarlos y falsificarlos mañana o transferir al Estado la rapiña de la propiedad.

Resulta:

Primero. — Que el valor comercial — promedio de la hectárea — era, en plena República, de 300 pesetas.

Segundo. — Que los créditos hipotecarios y la capitalización por impuestos, representaban, con gastos de titulación, derechos notariales y sucesorios, más incremento de valor por obras públicas, 300 pesetas. O sea, que los propietarios, en realidad, no poseían nada.

Tercero. — Que el promedio de rendimiento por hectárea era de 400 pesetas al año, mientras que la tasación de la misma hectárea no pasaba de 300; o sea, como afirmamos antes, que los agricultores, con su trabajo, volvían a comprar cada año el suelo español a más alto precio del que los propietarios mismos y los peritos lo tasaban para las transacciones corrientes, y que además habían valorizado la tierra con mejoras no compensadas.

A ver quién se atreve a proponer que los trabajadores tengan que abonar un sólo céntimo para llevar en sus manos los destinos del agro, que han comprado — ellos y sus laboriosos descendientes — más de mil veces.

ALAIZ

América de los indios

L' AMERIQUE AUX INDIENS!, por Yves Gandon (Editions Kent, Paris, sept. 1960), tal es el último libro que he leído. La América de los indios hace pensar que podría cambiarse la preposición «de» y sustituirla con la otra: «para», lo cual no sería del agrado de los occidentalistas, que afirman la doctrina de Monroe: «América para los americanos» o los orientalistas marxistas, que refutando esta última pretensión, imponen la suya: «América soviética».

Gandon hace un viaje de dos meses por las naciones sudamericanas más saturadas con el problema indio: Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Por supuesto, en el llamado sexto continente, Sudamérica, hay países como el Brasil y Bolivia que también tienen un acentuado problema indio. Otros como Chile y Argentina lo tienen en menor grado. Si extendemos el problema a Latinoamérica en general, entonces hay que incluir el gigante México y a las otras naciones enanas que desde su frontera meridional se extienden hasta el canal de Panamá.

De los indios de Norteamérica, dejemos expresarse al autor: «Los españoles de la conquista, a pesar de su reputación de crueldad, se han mostrado infinitamente más clementes hacia los pueblos sometidos a su tutela, que los fanáticos hermanos peregrinos del «Mayflower» con los pueblos de la Pradera. Mientras que, de Carolina del Sur hasta el Maine y de Virginia hasta Oregón, los implacables granjeros anglosajones, no importando que enarbolaran sus biblias, masacraron sin piedad a los Pieleros Negros, los Sioux, a los Chippeway, a los Cheyennes o a los Comanches; bajo la corona bondadosa de los virreyes católicos los indios de Nueva Granada o de Nueva Castilla llevaban una vida puede ser miserable, pero que el vencedor no pensaba quitarles» (p. 10). Aquí hay un error que conviene aclarar. Los sajones no se encontraron con vastas comunidades indias como los españoles en México o en Perú, donde actualmente los indios constituyen aún más del cincuenta por ciento de la población. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, con unos naufragos, fué el primer blanco que atravesó el sud desde Florida a México, de los Estados Unidos de hoy, relatando en su cautivante libro «Naufragios», que en aquellas vastas soledades los pocos indios encontrados eran nómadas y estaban muy dispersos. En el Uruguay, por ejemplo, donde los indios charrúas vivían una existencia nómada en el sud del país y eran en general muy escasos, fueron también aniquilados sin piedad por los españoles y los portugueses, no habiendo quedado, valga esta expresión corriente, «ni uno para semilla». Hacer una distinción entre la humanidad de la raza latina o la pretendida «inhumanidad» de la raza sajona, no está de acuerdo con la realidad. Inhumanos por igual lo han sido todos los blancos con los indígenas, primero por apoderarse de una tierra inmensa que en su mayor parte a nadie pertenecía y por lo tanto era de todos, segundo, por haber impuesto el simplismo del dogma cristiano a unas mentes casi todas más evolucionadas que los blancos en materia cósmica, y tercero, por el salvajis-

mo del aniquilamiento del indio. Estos tres apartados pueden ratificarse con la serena lectura de la obra de Cieza de León «Crónica del Perú», un español viajero que fué testigo ocular de la época «conquistadora».

A punto viene ahora el afirmar aquí, a pesar de todos los colombófilos, que Cristóbal (o Cristóforo: portador de Cristo) Colón (o Colombus, etc.), «Almirante del Mar Océano», megalómano cien por cien, fué el primer esclavista americano. Dos días después del descubrimiento (o del pretendido descubrimiento, pues antes que Colón otros blancos habían arribado al llamado Nuevo Mundo), es decir, el 14 de octubre de 1492, Colón escribía estas líneas inquietantes en su diario de bordo: «Tengo siete indígenas a bordo. Más tarde los llevaré a España para enseñarles nuestra lengua. Además sus Altezas podrían traerlos a todos y tenerlos cautivos, pues bastarían cincuenta hombres para hacerles hacer todo lo que se quisiera» (p. 78 del libro de Marianne Mahn-Lot titulado «Christophe Colom». Ed. Seuil, París). Bartolomé Las Casas, religioso gran defensor de los indios, critica en su obra escrita el esclavismo de Colón, el que más tarde llevó a la península hasta embarcaciones llenas de esclavos indígenas. Pero Las Casas, también tiene por qué callarse, pues es el principal responsable de la «esclavitud negra» en América, es decir, es el negrero número uno de lo que fué en todo el continente americano una vergonzosa mancha, el mercado de compra y venta de la población negra arrebatada por piratas oficiales en las costas africanas. En el hermoso libro «Buenos Aires desde setenta años atrás» (ahora de ciento cuarenta años atrás, pues hace exactamente otros setenta que fué escrito) su autor José Antonio Wilde transcribe algunos «avisos» aleccionadores: «Se vende una mulata de todo servicio sin vicio conocido; es esclava de don Celedonio Garay», «El que quiera comprar una criada negra de 28 años, general en su servicio, pero embarazada, ocurra a esta imprenta de los expósitos, que darán razón», etc. Como el indio, el negro sigue siendo menospreciado por los arrivistas blancos, existiendo siempre un fuerte racismo, principalmente, en el sud de los Estados Unidos, pretendida meca de los «países libres». No, «Colón no los ha matado a todos» (los «indios» dice el impresor de Gandon, en gruesos caracteres impresos en la etiqueta bermeja del libro. Los negros, gracias a su supervivencia y a su salud más floreciente que la de los blancos, también han sobrevivido a los malos tratos...

Llegado a Venezuela, país militarista que siempre está sobre un barril de pólvora, trasladándose a Caracas, desde su aeropuerto constata (lo ve hasta un ciego), los cuchitriles llamados ranchitos en donde se hacina el exceso de población de los parias capitalinos. País pobrisimo (uno de los niveles más bajos de América) a pesar de las inmensas riquezas de Maracaibo, que van a las cajas fuertes de sus amos extranjeros, es un lugar donde la vida es insegura. Creemos que nadie mejor que Rómulo Gallegos en su novelística ha expresado más bien el drama venezolano.

Países militaristas puede decirse que lo son la mayo-

ria de los latinoamericanos. La espada siempre está desenvainada y pendiente sobre la cabeza de los gobernantes civiles, cuando no es el mismo sable el que se instala en el Poder. Colombia, segunda etapa de Gandon, es un ejemplo vivo de ello. Pero no solamente es la espada la que caotiza a esos países, sino también la cruz. Bogotá está repletísima de iglesias de un lujo exagerado. «Cuanto más ricas son las iglesias, más miserable es el pueblo» (p. 43), le dice un bogotaño. «Toda América del sud ha heredado de España esa religión teatral que se complace en las más crueles imágenes» (p. 44), dirá aún al observar las velas que por doquier arden iluminando Cristos de un realismo terrible. Un abate francés (al parecer en desacuerdo con el gangsterismo del clero hispanoamericano) le relata «con indignación la historia de ese cura que, habiendo perdido todo su dinero en el juego, el de la parroquia y hasta el de la oficina de beneficencia que tenía bajo su custodia, ha sido sin embargo absuelto por sus superiores» (p. 45). Todos los países latinoamericanos cordilleranos ofrecen el bárbaro espectáculo de la infancia abandonada. El ejemplo de ello que nos ofrece Gandon merece párrafo aparte.

«No sería completo mi cuadro si callase otra escena de que fui testigo cierto domingo, en la hora donde las bellas devotas de Bogotá van a la misa. Un gran automóvil americano se detiene delante de la iglesia. En seguida un «chino» de una docena de años, de rostro despierto, pero vestido de harapos, se precipita para abrir la puerta, con el fin de cosechar una propina. Una dama muy bonita y perfumada, desciende del auto. Su mirada pasa por encima del «chino», que se inclina respetuosamente delante de ella. No, ese pequeño golfo no tendrá nada si antes no se lava la cara. En aquel momento, uno de esos mercachifles que se ven en todas las calles de Bogotá, con un perrito en cada brazo, presenta a la altiva criatura un delicioso pequeño can, muy blanquito y que se diría recién planchado. Creedlo, la

bella tiene el corazón sensible. Se humaniza, una sonrisa se dibuja en sus labios, acaricia con su mano al gracioso animal y pronuncia con ternura: «¡Pobrecito!». Mientras tanto el asombrado chino contempla la escena, con la cara aturdida: ¡Qué lástima no ser perro! (p. 47). Baste decir, para el lector no advertido, que un chino en Colombia es un niño abandonado.

El capítulo segundo, «Las estaciones de la violencia», es un documento primerísimo en el drama social contemporáneo. Los partidos políticos principales (liberal, y conservador) alquilaron asesinos a sueldo para autoeliminar en visperas electorales. Luego de cierta práctica, estos bandoleros campearon ahora por su cuenta y practican el asesinato en serie por oficio. Es el caso que pueblos enteros son saqueados, familias enteras residentes en casas de campo aisladas, sacrificadas por esos criminales, ante los cuales ni las mismas fuerzas represivas del Estado, pueden ahora frenar, debido al «matto grosso» colombiano.

En el tórrido Ecuador, territorio casi todo del imperio inca antes de la conquista, idéntico problema eclesiástico y militar. Miseria india y latifundismo blanco, etcétera. Hemos ahora en Perú, la nación más cautivadora de la América del Sur, por su problema indio, en cuyos capítulos acertados asistimos a descripciones de altura. El Cuzco y Machu Picchu, hablan clara ante la pasada grandeza de la organización incaica. Este hermoso libro de 236 páginas se lee con placer y sugiere multitud de ideas.

No es relegando al indio, tratándole como clase inferior, desconociéndole, ignorándole, como puede marchar en armonía el mundo americano. Tanto el indio, como nuestro hermano el negro, merecen incorporarse en nuestros afectos fraternales. Sus corazones, como los nuestros, laten, buscando la armonía que embellezca nuestras vidas.

V. MUÑOZ

El vocablo anarcosindicalismo es inadecuado pero
define el tipo de doctrina anarquista de nuestros días

Herbert READ

Viñetas de...

JUGUETES DE LUJO



QUIZA este señor tiene razón al decir que los juguetes que Papá Noel trae a los niños no son regalos prácticos. Un babero, unos zapatos, unas medias de lana, sí, desde luego. Pero no se juega con el babero, los zapatos ni las medias, y los niños, sin diferencias de clase, tienen que jugar. Siendo superfluos los juguetes y no estando al alcance de los niños pobres lo superfluo, por fuerza habrán de consolarse con el «practicismo». ¿Y qué consuelo es el del babero o el de las medias? El de ser hombre y mujer sin tiempo. Aquí puede acabar la alegría del infante, al choque con la primera injusticia. Para unos niños papá Noel es padre, para otros padrastro. Imaginad la desolación del niño pobre que esperaba juguetes y papá Noel solo alguna cosa «práctica» le deja! Ya tenemos aquí, en embrión, un anarquista. El niño ha comprendido que hay entre los niños clases, se le quitan las ganas de jugar y le entran las de ser hombre. Papá Noel ha matado a mano airada, su ilusión infantil.

JUGUETES DE CARNE

Muchos, muchos juguetes en los escaparates! ¿Tienen salida, tienen venta? Porque los buenos alcanzan precios fabulosos. Será que ha desaparecido la pobreza. Será que todos tenemos los mismos medios de adquisición. Será que la igualdad empieza en los niños y acaba en los hombres. No ha caído aún esta breva: desgraciadamente, hay pobres y pobrísimo. Dejad las calles céntricas, con sus tiendas de lujo y sus escaparates atestados de juguetes y de golosinas, y venid a la de Dufour conmigo. Al principio, hay una calle costerosa que sube a la de Mostaganem. En el Cantón, en un escaparate sin cristal, porque está al aire libre, hay una muñeca vestida de luto que mueve los labios y no se sabe si reza o jura. Vieja, con el pelo blanco, y el alma — porque esta muñeca tiene alma —, del color de sus sufrimientos. Está ciega. Aparece sentada en el banquillo... de los acusados, que no sólo este banquillo forma parte de las audiencias, diciendo no se qué entre dientes. Los ojos, a oscuras, como dos pozos muy profundos, y en el fondo de los mismos, dos estrellas muertas. El bastón puede ser una llama que va carbonizando su mano. Entronizada en la acera, aparenta una virgen negra — Nuestra Señora de la Necesidad —, de cara al puñetero mundo, en un pedestal de cenizas. Para que se vea cómo, «afortunadamente», hay pobres.

RIQUEZAS

Tú, muchacho indigente, no desesperes, no mates tu ilusión, no quieras ser hombre sin tiempo. Papá Noel nada te trajo porque a ti, que te falta todo, todo te sobra. Tuyos los barcos «de verdad» que andan por la mar: tuyos el sol de oro y los luceros de plata; tuyos los trenes raudos de las líneas siderales; tuyos los hipógrifos con alas de viento y chorros de fuente; tuyos los pájaros canoros, que los instrumentos de música no logran superar; tuyos el día y la noche, para que sepas que el que sólo el día y la noche tiene es millonario. Y si me preguntas que posees en la tierra, te contestaré que en la tierra posees la verdad, y que esta verdad se llama sepultura. Muchacho amigo, llena tus bolsillos de constelaciones.

AZOTACALLES

Hay mucha afición en Orán a la lotería. Lotería Nacional y Algerienne, entre sí diferentes. Tan difícil es hacerse rico con una como con otra. Esta pasión me recuerda la de los «iguales» en Valencia, cuyo sorteo se verifica diariamente en la Plaza Redonda (no se si Redonda o de la Pelota, a la postre redonda). Sin contar que en Valencia — como en el resto de España — se juega bastante a la lotería. El resultado de los «iguales» se conoce a las seis de la tarde. Y vuelta a las andadas. Aquí hay una nube de vendedores de billetes entre moros y cristianos, sanos e inválidos, jóvenes y viejos, refugiados y no refugiados. El ciego Dimas, agudo salmantino, que a tientas recorre todo Orán, es el que bate el «record» de la popularidad: después, Cuartero, hombre de carrera, ya metido en años, que de todos los refugiados que a este negocio se dedican es el más antiguo; luego el simpático Bartolo, que manquea. Y otros inútiles de nuestra guerra, cuyo impedimento a honra lo tienen. Honradamente se ganan la vida, sin ser un lastre para nadie. Claro, hay que dar muchas voces, muchas patadas, desde el alba hasta las tantas de la noche, en todo tiempo, bueno o malo que lo haga. Algunos han dado premios gordos, siendo refugiados los favorecidos. Por Papá Noel, hacen los vendedores de lotería su Agosto.

«...MI DESCANSO PELEAR»

Siquiera esto no es humillante. El vendedor de lotería está escuetamente a la comisión de la venta, porque aquí no hay costumbre de dar propina. Se diferencia del músico callejero a plato aparado o pasándolo de mesa en mesa en bares y restaurantes, lo cual tampoco desdora. Harta pena causa la coplera ciega que por veces se pone en la Plaza

Cuéntenos usted algo

HAY muchos libros en que se trata de cómo puede uno hacerse rico. Yo podría publicar un libro que sería, por lo menos, mucho más original: El libro sobre numerosos y diferentes modos que hay de hacerse pobre.

Yo no sé si habrá alguien que entienda mi clara filosofía sobre esto de rico y pobre. Las cosas demasiado claras pueden resultar confusas por deslumbramiento. Entre ser rico o ser pobre, quizá sea preferible lo primero a lo segundo; pero entre «hacerse rico o hacerse pobre», creo sinceramente que lo segundo es preferible a lo primero. Yo no sé explicarme, pero estoy convencido de que la avaricia de riqueza es pobre avaricia, mientras que la avaricia de pobreza es rica avaricia. Las verdaderas grandes fortunas se amasan acumulando pobreza. Pero, repito que no sé explicarme, y lo mejor será que apague la luz de mi filosofía, porque mucho más conveniente es estar a oscuras que alumbrarse con algo que deslumbre...

Es imposible que yo llegue alguna vez a ser rico de dinero, porque con el dinero no hago más que tonterías. Voy a contarle, con mucho gusto, dos o tres de tales tonterías.

de Juana de Arco y otras en las Galerías de Francia, en la rue Arzew, y cantando a palo seco y a grito pelado se desgañita. Si yo no sembrara finezas en el asfalto como acostumbro, me brindase a escribirle unas cantigas de mejor traza, aunque menos bonitas que las del rey Sabio: como no doy una en el clavo, temo causarle un mal y que me mande a paseo. Pena dan también el hombre y la mujer españoles, a los que abriga la mugre — y seguramente algo más... — que de recitar la oración del ánima en pena y de otros destajos piadosos viven. Ya van cuesta abajo, salmodian por partes, no se sabe si rezan o explican el crimen de Cuenca de tan rápido como dicen.

A MAL TIEMPO, BUENA CARA

La necesidad de vivir todo lo justifica, máxime si se es viejo o se está inválido. Gran parte de las filosofías quiebran a la hora de ir al restaurante. Y al restaurante hay que ir todos los días aunque no se vaya más que una vez al día. El agudo Dimas, el culto Cuartero, el simpático Bartolo y los demás vendedores de lotería inútiles de nuestra guerra no son un lastre para nadie y ostentan su invalidez como un timbre de gloria. A ellos, ayer soldados de la Libertad y hoy expatriados, van dirigidas estas líneas.

... J. M. PUYOL

Una vez, en Barcelona de mi alma, llevaba yo en el bolsillo veintitrés pesetas justas. Mi dinero, señor, siempre es justo, porque con él nunca hago daño a nadie, ni a mí mismo, y, además, porque es bueno... Me dirá usted que todo el dinero, no tratándose de moneda falsa, es bueno. ¡Que se cree usted eso! Hay mucho dinero malo, aun siendo moneda legítima. ¡Usted ya me entiende, señor!... Hace ya muchos años de esto que le estoy contando. Creo que era en 1927... ¡Entonces sí que estaba yo loco de veras!...

En la vieja y solemne plaza del Rey, de la bella Ciudad Condal, ví a un hombre de pie al lado de una gran jaula llena de jilgueros, que son pajarines tan lindos y que tan bonitamente cantan...

Hacia, por cierto, un esplendorosísimo sol de gloria que me animaba a realizar hazañas incomprendibles, que son las grandes de veras. Lo que no recuerdo bien ahora es si era a media mañana o media tarde de un día de verano. De que era verano sí estoy seguro, porque yo iba en mangas de camisa y abanicándome con un «pay-pay» de anuncios, y tales cosas yo no las hacía sino en verano. ¡Alguna «cordura» había yo de tener!...

Conque me dirigí resueltamente al tío aquel de la jaula y le pregunté con exaltación:

— ¿Por qué tiene usted a esos jilguerillos en una jaula cerrada? ¿No comprende usted que los pobres no pueden volar?...

El tipo me miró con odio:

— ¡Oiga usted, caballero! — me dijo, dentellando las palabras, por no poder morderme a mí la punta de la nariz —: ¡Si tiene usted ganas de broma, tirele de la corbata al gobernador civil, pero a mí déjeme usted tranquilo, que yo soy de Manresa y no me meto con nadie! ¡Ya lo sabe usted!...

Y en seguida se puso una mano junto a la boca, a modo de bocina, y pregonó sin mirarme:

— ¡A peseta el pajarillo!

¡Qué bien canta y qué bonito!

— ¡Ah! — exclamé, «comprendiendo» —: ¡Sin duda usted los vende!

— ¡Naturalmente! — me contestó con desprecio el hombre —: ¿Creía usted que los había traído aquí a tomar el aire?...

— ¿Cuántos me daría usted por veintitrés pesetas? — interrogué a mi antipático congénere.

— ¡Veintitrés! — me respondió secamente —: ¡A peseta el pajarito!

— ¿No me los daría usted todos? — le pregunté suplicante —: ¡Es que no tengo más dinero!...

— ¿Todos — extrañó él, indignado. — ¡Pero si hay treinta y nueve!... ¡Hombre, usted está loco!...

Y pregonó de nuevo, gritando a rabiar:

— ¡A peseta el pajarito!

— ¡Qué bien canta y qué bonito!

Me parece que aún le estoy oyendo...

— ¡Veintitrés pesetas, veintitrés jilguerines!

añadió, mirándome por encima del hombro — ¡Ni una peseta menos, ni un jilguerín más!

— ¡Por San Pancracio! — le imploré casi con lágrimas — ¡Venda usted pájaros, pero no diga usted jilguerín! ¡Usted no tiene derecho a decir jilguerín!

— ¡Oiga, señor! ¿de qué manicomio se ha escapado usted? — me preguntó, nerviosísimo, el odioso tipo aquel, policía, carcelero y tratante, a la vez, de vivos y alados cánticos.

— ¡Bueno, déme usted un pajarito! — le dije, sin ganas de bronca.

— ¡Venga la pesetita por delante! — me pidió él. Conque se la di; y el tío, después de guardársela en el bolsillo del pantalón, se agachó, abrió con cuidado la jaula, metió en ella la mano, sacó uno de aquellos jilguerines y me lo entregó. Yo, así que lo tuve, abrí la mano y el pajarito echó a volar con alguna torpeza y con mucho gozo; se detuvo un instante en la barandilla de un balcón y desde allí me gorjeó sus más emocionadas gracias; por fin, flechó los altos y claros aires, con vuelo seguro... ¡Oh, qué gozo divino el de dar la libertad a alguien, aunque sea a un pajarín...

— ¡Déme usted otro! — dije al tipo.

— ¡La pesetita primero! — me contestó él.

Se la tiré, la recogió, embolsósela, me entregó el segundo pajarín, y lo solté igualmente... ¡Qué felicidad! ¡Y aun dicen que no existe!...

— ¡Otro! — pedi, anhelosísimo.

— ¡La pesetita! — me exigió el tipejo.

Y lo mismo.

Y luego el tercero, y después el cuarto y a continuación el quinto, y acto seguido el sexto... Y así hasta que se me acabaron las veintitrés pesetas.

— ¡Jilguerines amadisimos! — dije a los dieciséis que aún quedaban en la jaula — ¡siento muchísimo no poder daros a vosotros la libertad! Pero, ¡ya no tengo más dinero! ¡Maldita sea mi pobreza!...

— ¡Déme a mi otro! pidió al tío un caballero.

— ¡Y otro a mí! — codició angelicalmente una preciosa niña, de la trémula mano de un anciano.

— ¡Y a mí! — reclamó un joven sargento de Infantería, del brazo de su novia.

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

El siniestro tipo aquél iba entregando los pajarines, y los compradores se apresuraban a soltarlos...

— ¡Un loco hace ciento! — exclamó el vendedor de pájaros, mientras me miraba como con ganas de matarme.

Y se marchó, con la jaula vacía.

Desde entonces hasta hoy, en los treintaitantos años transcurridos, yo he sido en la vida, muchas veces, pajarín en la jaula o en el cepo, y siempre ha venido algún loco a libertarme...

A. VIDAL Y PLANAS

Miñotos de Sierra Abajo

por Angel SAMBLANCAT

A la herpe o a la tiña que le roe la ingle y le bebe la sangre a la retaguardia de Iberia, no le hemos ajustado aún las cuentas debidamente. ¿No dijo el bien asado san Lorenzo de Terreiro do Paso, que el país cuya piel él escoriaba, era una piolheira, esto es, una lendreras? Pues el parásito más cebedo y más hinchado de chupar todo lo succionable era el Braganza o bragazas en cuestión. Se había dorado como una pularda y por eso lo echaron al horno. Estaba tan infuloso como Franco en España ahora. Y completa la terna de pendones del Calvario peninsular ese perincito Oliveira, a quien nadie cuelga de una rama de su apellido.

Bajo la férula del pingoso y mugroso domine de Coimbra, a la argonautica nación de los lusos se la acaba de comer, al arroz que le granula la cabeza, la mafiosa roña fasciada. Como al resto de la piel de vaca, tendida a los quesos de la Europa feudal, reñida con la higiene.

El pobre Luis de Camoens, ciego y viejo, vióse por la miseria obligado a deshonrar sus canas, mandando a

una criada negra a implorar caridad para su amo en las esquinas. Y eso, cuando las naves del Brasil volcaban montañas de café en las banquetas del estuario del Tajo, y Lisboa era la capital occidental de la canela.

Esa buena mucama, color de zapato, del autor de Os Lusíadas, fué la única persona que acompañó al cementerio el cadáver del poeta, por quien el nombre de Portugal no es hoy sólo un chiste. Con el mismo lucido cortejo fueron inhumados los restos mortales de Leibnitz. Como yo no tengo quien me friegue los platos, ya veo que me tendré que ir a la fosa solo. Mejor. Así no habré de escupir por última vez a cielo y tierra, de asco.

Bajo el preconculado de «Salaciada» y el imperio de los Laburus ingleses, la Iberia atlántica aún se ha encogido, como la piel de zapa, más si cabe. Es un hormiguero de soplones, de pinchos de galón y de tocadores de pito o flauta.

Me han contado que hoy, en pleno Rocío, no se puede penetrar en el urinario de un café, como no sea vestido de guerrero gótico, porque el penetrado resulta el que se pone a hacer operaciones de números primos, de cara a la pared. Los garrochistas de Oliveira lo toman por un Lord, recién salido de la cárcel de Reading, de cumplir la pena de estar dos años trenzando esparto, como Oscar Wilde, y por los mismos méritos que él. Y naturalmente: atizan al que es objeto de ese equivoco. Y donde las dan, las toman.

Los veraneantes totoanúos de Estoril y los sidanios y petronilos de la Ceda, en plan de conspiradores de guinól, han contribuido a hacer prosperar la petroniana y elegante industria. Hasta Lerroux salió del zarzal ardiente con la inocencia en perdición.

Cuando Queipo pipón les ofrecía a los aficionados del país hermano en Cain, corridas de rojos en el ruedo taurino de Badajoz, todo Elvas y Vila Real de Santo Antonio se vaciaban en el tendido de las sangrientas arenas.

Se anunciaba el atroz espectáculo en los centros de farra y de vicio de la capital. Y allá que te van en furgoneta o en fotingo de cuatrocientas

Contra la máquina, el hombre ha lanzado groseras invectivas, ha escrito agriados panfletos, ha llevado a cabo acciones irracionales.

Casos como el de la joven sirvienta del telar mecánico, polvoriento — que se traga el enmaderado hilo por arrobos — son frecuentes. La veo agobiada por la voracidad de la máquina; atrumada por el ruido del gramófono a través de los potentes altavoces, lanzando al aire enrarecido y sofocante las notas estridentes, el ritmo endiablado de un «swing». La veo apabullada por los gritos del capataz; con los nervios hechos cisco, neurasténica perdida. Y la oigo aún gritando: «¡Maldita tu alma cabrón!»

Era al telar a quien el exatrupito iba dirigido. Puede que las cosas tengan su alma. Y puede que a los hombres les falte espíritu. No sé. Lo cierto es que el telar hizo caso omiso de la castiza maldición. Siguió devorando. De lo que si estoy cierto es de una cosa. Esta suerte de funciones jamás crearán un órgano apropiado para realizarlas; acabarán, si no se pone coto a ciertos desmanes, con el sistema nervioso mejor equilibrado.

Es una consecuencia del maquinismo el estado neurótico de los obreros, que alcanza inclusive a los parásitos que no pueden vivir sin servirse de las máquinas. De ahí tantas sensibilidades atrofiadas, deformadas e invertidas.

El esfuerzo muscular de antaño hacía curvar el espinazo del hombre. El esfuerzo nervioso de hogaño les convierte en candidatos a la casa de orates. Cuando sepamos la importancia que tiene la red nerviosa respecto a las funciones fisiológicas y psicológicas, y por lo tanto intelectuales del hombre, comprenderemos la tragedia actual de la sociedad.

La digresión consumada, volvamos al cauce normal.

patas de caballo, a ver sacrificar obreros extremeños y andaluces, como reses, los aiduos de Chave d'Ouro y de Havanera.

Muchas veces, la carga del «camión de la carne» (sic) la habían proporcionado los escarpias fronterizos Mattos y Mouro, regresando o devolviendo a las jerarquías de la fucción y al ventrilocu de Radio Sevilla, los fugitivos del viento en los olivares y los salvados de las quemadas del Oeste de España.

Los testafierros y la dependencia de confianza de los Bancos Pinto Sotomayor y del Santo Esparitu, proveedores de fondos a Sanjurjo, no falta-

EL HOMBRE y la máquina

Son famosos los artículos y ensayos que Spengler escribió contra la industrialización y el maquinismo. Propugnaba por volver a la caverna antes que ser víctimas del susodicho automatismo.

La acción de los coolies chinos contra el camión, introducido por los blancos en las tierras sacras del Yan Tse; la de los braceros andaluces contra las cosechadoras impuestas por los feudistas de la campaña bética, son harto conocidas de todos; evitaremos, pues, la narración detallada. Inútil decir que, en la ausencia de un blanco bien visible, fallan las punterías mejor ajustadas.

Eterna confusión de los medios y los fines. ¡Cuántas veces la velocidad pura se nos antojará aún macizo tocino!

Ahora bien: el péndulo nunca se detuvo en un extremo de su arqueada trayectoria. Las loas cantadas a las máquinas son tan voluminosas cuan disparatadas.

¿No sentó Marx sobre sus cimientos todo el edificio socialista científico? El y casi todos los sociólogos de gabinete del pasado siglo, vieron en la máquina el fin de la esclavitud, el principio de la emancipación económica y el vehículo de la justicia social. hombres de tanta probidad científica y entereza moral como Nicolai, cifraron excesivas ilusiones en este instrumento técnico industrial. Más aún, en un reciente ensayo publicado, dicho sabio trataba de justificar la esclavitud de Atenas y Roma debido a la ausencia de la máquina. ¿Y la servidumbre de la Edad Media, y el asalariado actual? ¿Es también una cuestión mecánica?

Si la abundancia tuviera la

ban nunca a la fiesta.

Viendo las muelas que hacían fusilados y ametrallados, los señoritos y las señoritas de aguende y allende la raya, reían, silbaban o aplaudían, según era el humor.

Y esa morralla se iba luego a bogar por los 7 mares del pecado capital, y a revolcarse y descebollarse por parejas de un mismo sexo o de ambos a las camas de los hoteles, sin que un rayo de cielo la pulverizase, en la única polvoreda padreterna, reclamada en circunstancia tan hermosa, como chuzo, digo chucho, digo chucho — ya no sé de indignación lo que me digo — por perra salida.

Ayuntamiento de Madrid

virtud de hacernos justos, si el sórdido materialismo del hombre pudiera colmarse, si nuestra liberación dependiera de unas arrobas más de pan y de unos cuantos pares más de zapatos, entonces quizás. Pero lo cierto es que los pudientes no se distinguen por lo justos, como tampoco puede satisfacerse la avaricia. De las sobras del señor ningún esclavo digno se contento jamás. Aprecio el mendrugo paternalmente compartido con el amigo, y desprecio el muslo de pollo lanzado despectivamente por el hacendado. Dignidad de los pobres y altivez de los ricos, me ahí lo irreconciliable. Y las columnas que deben sostener el futuro edificio social, son las de la dignidad, o se vendrá abajo pese a todas las máquinas y las maquinaciones.

Desgraciadamente, hoy, las catástrofes que originan los ociosos preocupados son de temer por la indignidad de los laboriosos despreocupados.

Dudo que un poeta sea capaz de escribir un soneto inspirado por las gracias de una máquina en movimiento, pero ahí están las estadísticas, que son todo un poema en marcha. Número falaces que sólo sois sensibles a lo cuantioso, importándonos un bledo lo calitativo. El hombre tiende a calcular e inculcar lo imponderable con sólo los números.

Con lo dicho hay bastante. Resumiendo: la máquina es un medio acelerativo de nuestro destino. Del hombre depende el que sirva para un fregado o para un barrido. Terrible destruyendo, es portento de construcción. Podemos quizás humanizarla; lo que si de cierto debemos, antes que sea demasiado tarde, es no dejarnos mecanizar por su automatismo.

Si el hombre fuera tan chico, se revelaría tan infimo como para no dominar y dirigir la máquina, ¿cómo iba jamás a dominarse y dirigirse a sí mismo?

Lo cierto es que ello no implica renuncia a la tecnología; además resulta imposible desandar un siglo de ciencia; estamos en pleno océano y debemos salvar el barco para salvarnos nosotros mismos.

Lo dicho por el fabulista griego respecto a la lengua, encaja perfectamente con la máquina. Lo mejor y lo peor a la vez.

No se puede renunciar a la expresión pese al asco que nos causan ciertos lenguaraces y el respeto que debemos a ciertos mudos.

PLACIDO BRAVO

LA VIDA Y LOS LIBROS

« EN MEDIO DE LOS ESCOMBROS » (1)

Por Conrado Lizcano

Y O sé lo mucho que se añora el terruño entre los españoles. Sé que quien más quien menos se ha hecho una idea de la situación de España una vez haya caído el tirano, una vez que, «girada la tortilla», se haya producido la vuelta. Por eso deduzco que el hermoso libro de Lizcano, tras enternecer el alma del más valiente y rudo de los exilados, gustará a todo aquél que formó parte de la gran caravana. La caravana nazarena, que dijera Samblancat.

«En medio de los escombros» dice su autor que es una novela. De acuerdo, pero nos permitimos recordar la diferencia que Vidal y Planas hacía de la novela y del relato histórico. Para este poeta todo pertenece a la historia. Si se refiere al ayer porque ha pasado, y si no porque puede pasar. Cuestión de calendario y de reloj, pero tras estos razonamientos, en efecto, todo es historia. La novela de Lizcano, escrito anticipacionista, viene a dar la razón a Vidal y Planas. El mismo autor corrobora su idea cuando dice: hacer novela es imaginar la realidad y no realizar la imaginación. Novela y todo, su desarrollo, su motor, su eje y su timón, lo constituye «la vuelta». La vuelta del expatriado y las peripecias que le aguardan.

Y esto es muy importante. Lo es por dos motivos que convergen hacia el refugiado y sus ilusiones. ¿Qué refugiado no habrá soñado, imaginado y «creado» su vuelta? Este, pensando en la colectividad que dejó el año 38; ése, pensando en el puesto de tornero que tuvo; aquél, en el del aula que le ofrecían siendo estudiante. Todos han pensado, hemos acariciado, la vuelta, nuestra vuelta.

«La vuelta» le habría ido muy bien como título al libro de Lizcano porque es ella la idea dominante.

Empero no es sobre este aspecto único que se desarrolla la novela. Escrita con garbo castellano como todo lo que sale de nuestro amigo, por ejemplo, opina sobre la bandera: «Tras la enseña rojigualda se escondía el piquete de ejecución o el suplicio del garrote». De las banderas dijo Samblancat que no valían ni para echarlas al estercolero.

Me es agradable constatar en Lizcano que tiene presente buena parte de los problemas que diariamente viven los trabajadores, los idealistas. Una de ellas, de la máxima importancia, que ha dado ocasión a agrios debates, es la de justificar o explicar el suicidio en tanto que acto supremo. Se trata de saber si es cobardía o si es la expresión fiel de lo más valeroso del individuo. Y «En medio de los escombros» nos dice que el suicidio es «una fuerza enfermiza del ánimo». Tema éste sobre el que valdría la pena abrir una encuesta internacional en la que se explicase y se examinase la situación psicológica del suicida. Porque no es fácil comprender cómo

es posible que hombres tan llenos de vida, de talento y de virilidad, como Larra, Daguerman, Ganivet y otros muchos más, hayan llegado a suicidarse.

Acaso todo ello escapa al entendimiento. Mucho me temo que así sea por lo menos hasta que se encuentren, de manera incontrovertible, «las raíces biológicas del temperamento, de la moral, de la fisonomía y del comportamiento social del hombre». Hay teóricos que es precisamente en estos hechos en donde justifican la idea de dios. Peruida la fe en el hombre, inventan una quimera donde posar alguna esperanza. Falsa esperanza, pero eficaz, dicen, en los cerebros deteriorados. Nosotros, ateos que somos, no dejamos de reconocer que posiblemente la creencia en una divinidad pueda jugar un papel saludable en las mentes enfermizas. En todo caso, debe ser gran desespero no tener, no poder contar, con una mano amiga que te ayude o un horizonte más amplio que abra perspectivas. Sólo considerando estas verdades puede uno imaginarse el efecto moral y reconfortante que produjo en Inocencio, protagonista del libro, la calurosa acogida de su hermana a la que ni la presión del régimen fascista, ni la de su marido hizo mella en su dignidad. Así lo reconoce Lizcano, es decir, Inocencio, el desterrado que vuelve, y a su fiel Andrea le dice: «Una de las más grandes satisfacciones que he percibido en mi vida me la acabas de dar ahora. Tu temple y tu grandeza de alma, que representan tus palabras y tus actos valen mucho más que cuanto pudiera representar mi parte del patrimonio familiar. Desprecio la hacienda, pero no la honra.» Y más adelante, rozando otro problema de palpitante actualidad, muy general por cierto, dice: «En cuanto a las críticas y calumnias de la gente, hay que aceptarlo como una consecuencia natural de los muchos años y postración de la conciencia popular sometida a una propaganda tendenciosa.» Y aquí surge el hombre: «Los hombres valen, no por lo que oscuramente se diga de ellos, sino por lo que hacen al sol de cada día.»

Efectivamente, no hay que prestar atención a los ladridos de los perros; escuchándolos no se llega nunca al término de la jornada (Machado).

Y Lizcano establece una escala de responsabilidades que salta a la vista del lector en cuanto lo lee y se para a meditar la lectura. Hay la responsabilidad del hombre fundada en sus actos y no en sus palabras y la responsabilidad sindical: defensa del obrero en las fábricas llevada a cabo tras examen de los comités de la C.N.T. y de la U.G.T. No quiere decirse que éstos hayan de acertar siempre en sus conclusiones. Más bien, a la vuelta a España nos encontraremos, se dice en el libro, con actitudes un tanto desplazadas de los comités sindicales. Lo que para Inocencio, llegado del destierro, era «dignidad humana», que había que defender, para los comités no pasaba de ser «sentimentalismo», y que como tal no podía tomarse en consideración. Matices e interpretaciones que anulan el mejor texto, el más claro de los acuerdos y la voluntad más recia. Todo puede torcerse cuando se tiene la intención de torcerlo. ¿Acaso en el exilio no se ven situaciones parecidas? Las

(1) 151 páginas. Precio 3 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

palabras «sentimentalismo», «héroe» o «personalismo», juegan el mismo papel que en los deistas la palabra dios. Sale uno en defensa de una idea sublime, surge otro diciendo que esa defensa esconde una intención personalista y ¡zas!, puedes retirarte. Ejemplos hay a montones registrados en reuniones de todas las escalas. Y Lizcano llega a más. El refugiado encuentra a su vuelta un secretario cenetista poseído y flamenco cuyo nombre es todo un símbolo: Fidel Delamo. Por inverosímil que parezca, ello puede ocurrir. Puede ocurrir que haya un secretario que llegue a llamarse Fidel Delamo. Invito al lector a que lea el libro y que se detenga a examinar al personaje que responde a este de por sí explícito nombre, que hasta en bautizar ha tenido acierto el autor.

Pero la verdad y la razón no se dan por vencidas. Aunque parezcan nimiedades, estas cosas de la calumnia aceptada como verdad real y de la verdad real tomada cual si fuese calumnia, es quizá uno de los aspectos más graves con los que han debido enfrentarse siempre los militantes de toda sociedad humana, en particular dentro de los medios sindicales. Por eso no debía faltar el lenguaje honrado utilizado por Inocencio. Con un acierto y una clarividencia sin par, el que volvía del destierro, siempre correcto, incluso para con los calumniadores, sentaba posición fundamentándose en un «decíamos ayer» digno, sencillo y realista. Y en la batalla atroz y desgarradora que oponía frente a frente dos hombres de una misma Organización, dos hombres, dos actitudes y dos corazones: el uno podrido y el otro, puro y noble, lo doloroso es que muy a menudo, defendiendo cosas, ideas y hombres completamente opuestos, el uno y el otro empleaban el mismo lenguaje. Es aquello de degollar a dios en nombre de dios; es aquello de hundir la libertad en nombre de la libertad.

Y, cervantista fiel, bien puede imaginarse el lector que Lizcano no podía callar el augusto nombre de Cervantes, a quien los avechuchos de la Junta de Burgos habrían asesinado como asesinaron a un Lorca o a un Miguel Hernández, citados también con mucho acierto. Adelanta incluso un título de periódico que gustoso brindo para que se tenga en cuenta cuando «la vuelta» llegue: «Letra confederal». En virtud del papel que forzosamente ha de jugar el cerebro en las futuras luchas, «Letra confederal» podría ya desde hoy retenerse para título del periódico destinado a ese campo especial de las letras.

En la concepción «cenetista» de la dignidad humana, el libro constituye una lucecilla de gran valor que sin aguardar a «la vuelta» puede sernos eficaz. «Los hombres que se precian de un ideal de justicia y de libertad tiene que abocarse siempre a donde se comete un atropello». Si, esto hace, debe hacer, todo hombre, aunque el enemigo recurra a la calumnia para hacerle callar, aunque el enemigo se defienda con la potente arma del «personalismo», del «sentimentalismo», de la provocación, que hasta esto llega el Delamo en cuestión para desprestigiar a los que llegan del destierro. De todo ello es acusado Inocencio por los que lo reciben. Sólo algunos escasos militantes le escuchan. Algunos militantes y su hermana, que era la persona que más lo conocía. Suerte, no obstante, de él al lado de otros para los que, ¡ya veréis!, no habrá ni hermana ni nada. Y no apunto esto como nota pesimista. Nadie que sepa lo que vale y lo que es el hombre se dejará invadir por el pesimismo. Como dice Lizcano: «más que nuestra fuerza y

nuestra razón... lo que importa es que no haya contradicción entre «lo que fuimos, lo que hacemos y lo que queremos». Con este bagaje, el cenetista debe sentirse optimista.

Mitad novela, mitad historia, es este libro. Relata una huelga magnífica que se parece como una gota de agua a otra gota de agua con una que tuvo lugar en el bajo Aragón allá por los años 1933 al ser despedido en los trabajos del ferrocarril Teruel-Alcañiz un muchacho de 14 años. Por él, por este muchacho, se declararon en huelga, los compañeros de tajo y todos los tajos de la misma empresa, y siguiéronles por solidaridad, los campesinos, los albañiles, los barberos, las sirvientas, los herreros... Y se ganó. ¡No faltaba más!

Ejemplo de huelga auténtica que al lado de las que por doquier tienen lugar hoy día, es un «volver a vivir» reconfortante y feliz.

No faltará, al volver, queda ello por descontado, la silueta trágica del Guardia in-Civil. Mas no se llamara — hasta eso ha previsto Lizcano — como el guardia de la maldita Benemérita. Encontraremos destacamentos de la Policía Nueva... Naturalmente, de comportamiento viejo. Une especie de cambiar de matón... porque el otro está cansado. Y será como gritar «¡Viva el cansao!»

Encontraremos aún la imagen de la guerra por las consecuencias degeneradoras que todavía sufren los que la vivieron: dementes, esquizofrénicos...; situaciones de compromiso de orden social con las que Delamo y su comité frena el espíritu reivindicativo de las clases trabajadoras, etc.

Cosas con las que Inocencio no pensaba cuando, terminado el destierro, en viaje aún oyó un «¡España a la vista!», emocionante y esperanzador. Como te encontrarás tú, lector, y yo; como nos encontraremos todos el día ése... porque un día u otro llegará. Si, llegará. Y tendremos que ir con mucha cautela para, en primer lugar, ni fiarnos del primero que llegue ni desconfiar de nadie por sistema o por escarmiento.

Si, llegará el día en que, desbautizado o no, tendremos frente a nosotros al civilón a las cuatro de la mañana, quien tras dar unos golpes en la puerta de casa y responderles con un «¿Quién va?» contestará con la tétrica frase: «¡Es la Guardia Civil!», y «pasarán si quieren pasar», sin llorar, porque aún llevarán «de plomo las calaveras». Llegará, y encontraremos un transporte desorganizado y vehículos desvencijados que habrá que poner «a tono» a fuer de sudar y de pensar, sin que los holgazanes hayan desaparecido..., ni los parásitos... ni los «perros»... Aún se nos distinguirá con el epíteto de «rojos», y esto por nuestros más allegados; se violará nuestra correspondencia; trabajo tendremos para buscar empleo y colocación. Habrá que saber discernir, como siempre, desde luego, al bueno del mal compañero; enfrentarse con los que no sabrán más que acusar incluso para evitar que se les acuse. Compleja, muy compleja, será la situación. Los sindicatos en España tendrán que empezar de nuevo su vida y su reorganización, a cuyo efecto tendremos que saber distinguir entre lo que es disciplina castrense introducida en la clase obrera, y respeto al pacto establecido y a la palabra dada; entre lo que es respeto y conformismo; entre lo que es revuelta y revolución. Habrá que saber distinguir pronto dónde termina el inconformista y dónde empieza el discolo y el tremendista. Por justa que sea nuestra posición y nuestra conducta, hay que esperar que en la polémica habrá contrincantes que no vacilarán en utili-

VERSIONES

EL EDUCADOR

por DENIS

ERASE un educador como un árbol es un árbol y una piedra una piedra: porque sí. Ni maestro de escuela, ni profesor de universidad: educador. Sin muchas cosas que enseñar. Derramaba las que sabía, pocas, pero esenciales, y no aprendidas, como una fuente derrama sus aguas.

No trataba de deramarlas sobre nadie, modo seguro de que no fueran antipáticas. Surgían en él conversando, de paseo, en reunión con sus amigos, dondequiera, dulcemente, dulcemente.

Jamás buscaba a los niños para aleccionarles, que así, aun educador, le habrían aborrecido. Si tropezaba con uno le hundía la mano en los cabellos, caricia entrañable. Eran los niños quienes le buscaban, para jugar cerca de él, en espera de su caricia, o de sus palabras, que también eran caricias.

Como todos los educadores porque sí, con las más altas cualidades masculinas, poseía las cualidades femeninas más delicadas. No había quien no se sintiera a su lado protegido. Como bajo un árbol tupido de los rayos del sol, como junto al fuego del

frio. Era sombra y calor, y siempre refugio abierto a todo desamparo.

Nadie que a él se acercara era ya como antes de haberse acercado a él. Forjador de hombres hasta con materia no manejable. Impregnaba, hasta en la no manejable, substancia que la transformaba, nunca empuñeciéndola.

No era bien visto por los encargados de instruir, no de educar. Ni por los encargados de mantener el desorden en que vivimos. Nada podían intentar contra él. Su vida era clara, como su palabra. A nadie arrastraba a nada. No sembraba ninguna buena nueva, ni se juzgaba apóstol de ningún futuro. Si hacía que los hombres fueran otros, era porque él se había hecho otro, por sí solo. Todo se había transformado fuera, para él, porque él mismo se había transformado. No iba a la caza de los demás para que le siguieran: les infundía, cuando los encontraba, calor que les reanimaba. Todo era más claro para ellos cuando le escuchaban. Ellos mismos se veían como antes no se habían visto.

Todo se había transformado fuera, porque él se había transformado. Las cosas no eran como se

zar los más bajos argumentos antes que dejarse vencer por la argumentación y la honradez de propósitos. En la lucha, habrá altibajos, veremos cómo crece nuestra influencia y nuestro prestigio hasta el día en que, cual a Inocencio, el mismo pueblo que nos admirará se dejará convencer, dentro de su ignorancia, por el virus de la cizaña sembrada por el enemigo, cuanto más camuflado más eficaz. Se verá también en nuestros sindicatos la ausencia de aquellos compañeros que, sin ser peores que nosotros, decidieron quedarse en el exilio adaptados como estarán a su condición de «extranjeros»; veremos también erguidos unos potentes sindicatos, de orientación religiosa unos, de ideas dictatoriales otros, a los cuales será difícil combatir porque además de un lenguaje demagogo y muy estudiado, tendrán la argucia de Maquiavelo, el dinero que todo ablanda y el recurso, en último término, al mecenazgo del crimen, a quien pagarán y armarán aunque después acompañen al muerto y hagan elogios de su persona... para mejor ir «campando» y prosiguiendo sus fechorías; fechorías que los mismos autores intentarán endilgar al buen militante para molerlo a palos, sembrar la duda entre sus afines y, después, si se descubre su inocencia... pedirle excusas. Si al volver aún tenemos dieciocho años, amaremos locamente a una muchacha que nos habrá repentinamente seducido, y... si no hemos tenido en cuenta su condición social ¿cómo lo va a tener el amor?, filiación política o credo religioso, aunque ella nos ame con la misma locura, tendremos que renunciar al amor o emprender una ingrata batalla; tendremos que hacer como

el labrador de más aire que nos ofrece Miguel Hernández.

Con todo esto y más se enfrenta el protagonista de «En medio de los escombros». Se encontró incluso con un arzobispo que, dada la inteligencia y la influencia de Inocencio, decidió convencerlo para convertirlo. Para ello aprovechó la enfermedad del muchacho y encargó de esa misión a una monja. Por cierto que le falló, pues que de hermana de la Caridad pasó a ser madre de un hermoso niño.

Por fin, veremos la triste situación de la nación española con su mercado de brazos «la más ignominiosa muestra de la miseria y de la decadencia moral en que ha sumido a España el régimen fascista» y que proseguirá en el nuevo régimen. Habrá tarea, muchos disgustos, muchas ocupaciones personales, familiares, sociales...

Y, después, al término de un tiempo de esfuerzos y de sinsabores, otra generación, o la nuestra ¿quién sabe?, recogerá los frutos de la actual, los sindicatos no tendrán traidores, una confianza merecida, no ciega, reinará entre los trabajadores, los Fidel Delamo habrán desaparecido y una era creadora y feliz empezará, gracias a los trabajadores y a los revolucionarios, para el pueblo español y para todos los demás pueblos. Dicho esto último, aun a trueque de romper con el final de «En medio de los escombros», libro bueno y apasionador, el primero que nos da Lizcano y del cual deseamos no sea el último.

M. CELMA

decía que eran. Eran de otro modo. Lo había descubierta. Las veía como eran y volvía la mirada de como se decía que eran. Con repugnancia. El, que iba para ser como se decía que eran los hombres, se sobresaltó. Fruto de ese sobresalto fué el encontrarse a sí mismo, el transformarse en el ser que era, en camino antes de desaparecer como el ser de las cosas, y de tantos y tantos hombres.

Comunicaba ese sobresalto, sin proponérselo, a todo el que con él tropezaba. Tan dulcemente, que los sobresaltados se sentían gozosos. No tenían sed. Habían pasado junto a un manantial y se habían inclinado a saborear el agua cristalina. Y el gustarla había provocado la sed. ¡Era tan pura!

Rehacía los hombres sin deshacerlos. No hay otra educación. No les adaptaba a nada. Tarea de los instructores, nunca bastante condenada. Les hacía verse como eran, para que abandonaran lo que les empequeñecía, para que cultivaran lo que les elevaba. Sin consejos, siempre inoportunos. Sin una palabra que domine. Nadie es cera para que la moldee nadie. Con nua sonrisa luminosa que se metía en la sangre y la hacía circular más de prisa.

No que se privara de juzgar mal lo digno de ser mal juzgado. La injusticia, particular o general, era para él signo como ninguna de imperfección. A nadie decía no hagas eso. Mostraba cuán feo era hacerlo. Pocos repitieron, después de oírle, actos por él considerados feos.

Educador, educador, mal ejemplo para quienes instruían y ordenaban. Que seguían sus pasos, dispuestos a caer sobre él. No tenía escuela que cerrarle, no se había alzado contra nada estatuido. Pero los niños escapaban más frecuentemente cada vez de la escuela para jugar junto a él, o con él, porque era tan poco serio que jugaba con los niños en plena calle, y los hombres descontentos de su suerte, que aumentaban, que aumentaban escandalosamente, apenas tenían ya otro solar, terminado su trabajo, que ir a visitarle, no importa con qué pretexto, para conversar con él. Tal vez algún día, con éstos, perpetrara alguna barrabasada. Y entonces habría llegado la hora de librarse de él.

Porque había que librarse de él. Antes, por la noche, las tabernas estaban llenas, y algunos trabajadores, deseosos de instruirse, iban a la escuela después del trabajo. Ni un trabajador visitaba ya aquellos establecimientos honorables, puesto que las leyes los autorizan, ni uno iba ya a la escuela. Se cometía también, antes, de vez en cuando, tal o cual crimen, condenable, desde luego, pero normal, en una sociedad normal. No había ya crímenes, cosa, sin duda, no normal. Cuando un pueblo llega a eso, seguramente está en decadencia.

De todos esos males: de que las tabernas estuvieran vacías, de que por la escuela no apareciera ningún trabajador, de que los crímenes hubieran cesado, era responsable el educador, el mal ejemplo. Habría, si no llegaba la barrabasada esperada, que pedir consejo a las autoridades superiores: académicas y políticas. Acaso encontrarán, unas u otras, medio de desterrarle, de que fuera con su

mal ejemplo a otra parte. Ya lo desterrarían allí más tarde, si hacía lo que aquí hacía. Y luego, de la otra parte a que fuera. Sería una solución. Una buena solución. No hay lugar para hombres semejantes en la tierra. Han venido a ella por error. Nada, nada tienen que hacer aquí. ¿Qué es eso de hacer que los niños escapen de la escuela, que los hombres dejen de consolarse de su trabajo bebiendo con sus compañeros un vaso de vino? ¿Qué es eso de impedir que la pasión y la vitalidad estallen en un hecho sangriento, que aviva en todos sensaciones tan profundas?

Ignorante, aunque no por completo — percibía el aire que para él corría —, de la amenaza sobre él inclinada, el educador continuaba ofreciendo el refugio de su palabra a cuantos a él acudían. Refugio, y consuelo. No sabía muchas cosas. Sabía, las que sabía, hondamente. Todos podían asomarse a aquella hondura. Hundir la mirada en ella. Y sentirse, después, mejores. Como transfigurados. Era descanso incomparable de sus fatigas oírle. Y verle. ¡Tan dulce, tan cerca de todos, tan como metido en la entraña de todos! Padre y madre de cada uno a la vez. Nunca padre severo. Pero reclamando, sin reclamarlo, respeto. Y al propio tiempo ternura. Todos se sentían niños ante él. Y casi volaban, como los niños, en torno a él. Porque los niños, en torno a él, cuando jugaban, era como si volaran. Pajarillos saltarines, alegres, olvidado todo cuidado. Entregados a sus juegos, y a él, protector seguro. Que cuando les cogía de la mano parecía salvarles para siempre de todo peligro.

Una boda hizo al educador pasar varias horas entre sus amigos. Corteses, pero lejanos. No tanto como él, lejos, muy lejos de ellos. Mostraban ellos lejanía. No tenía él que mostrarla. La llevaba consigo. Se había revestido de ella, como con un manto, para ir allí, donde todas sus palabras habrían sido vanas. Sabían más cosas que él los allí reunidos. Más cosas de las que se aprenden, apenas carne de nuestra carne. Lo que él sabía no se enseña. Se bebe, o no se bebe. Nadie estaba dispuesto a beberlo allí.

Esperaba, en silencio, la hora de escapar, como de una prisión. Tardaba, tardaba esa hora. Porque la comida se prolongaba. Llegó, por fin, el café. Y con él, una discusión sin sentido para el educador. Muy importante, al parecer, para los demás. Sobre lo más precioso que sale de las minas. Para unos era el carbón, para otros el hierro, para otros el oro. Casi habían vencido ya éstos cuando uno dijo que era el petróleo. Perdieron los del oro algunos partidarios, no encontraron ya argumentos los del carbón y el hierro.

El educador se sintió ahogado por su silencio y murmuró:

—Se engañan ustedes, se engañan ustedes, y me avergüenzo de su engaño.

Y como nadie le interrumpiera, concluyó:

—Lo más precioso que sale de las minas, es el minero.

RECORDANDO A QUINET

La dura prueba del destierro

por LIBERTO CALLEJAS

EN esta época de defecciones, de claudicaciones bochornosas y de situaciones «privilegiadas», es bueno recordar para el espíritu la vida firme, entera y maravillosa de un hombre abierto y generoso: Edgar Quinet. Ha caído en nuestras manos un libro de este portentoso escritor. Se titula «Cartas del destierro». ¡Con qué fruición lo hemos leído!

Edgar Quinet estuvo ausente de Francia durante dieciocho años. Exiliado, desterrado, extrañado. Napoleón III, el César omnipotente, lo expulsó y proscribió. El pequeño déspota concedió una amplia amnistía a todas las víctimas que tenía esparcidas por el mundo. Edgar Quinet, uno de los más puros e ilustres republicanos de Francia, rechazó con indignación la «gracia» del tirano y sólo entraba en Francia cuando salía de ella el sumo representante del imperialismo galo.

Al protestar, en 1859, contra el indulto, escribía en una carta dirigida a su amigo Michelet: «Me parece hoy que sé por qué se suicidó Catón. Matóse, no sólo por librarse del yugo, como se ha dicho, sino también por librarse de la clemencia del César». Quinet evocaba a Catón en el destierro porque el célebre romano mantuvo de toda opinión irreconciliable.

¡Qué energía la de Quinet, y qué altísimo concepto de la dignidad al rechazar la «clemencia» del César! El, escritor francés, con una entereza de ánimo admirable sufrió el largo destierro. La derrota no influyó para nada en su ánimo. Se mantuvo fuerte y enérgico como antes. Afianzó la integridad de sus ideas sin doblar la rodilla ni bajar su frente. Trabajó intensamente, tenazmente; y en el trabajo encontró la dulce compensación a las amarguras del exilio. A esta época pertenece su valiosa obra: «Merlin el Encantador», una de las mejores poesías en prosa que haya creado la mente humana. Por sus páginas desfila toda la filosofía de la historia, toda la grandeza y la influencia de las ideas capitales que han agitado a la Humanidad. Al tra-

vés de este libro puede estudiarse a Quinet de cuerpo entero. Es toda su vida ideológica y sentimental. Quien conozca a Quinet como escritor, podrá observar, al leer «Merlin», esa indecisión del autor, esa vaga indeterminación que tenía al exponer los múltiples problemas que bullían en su cabeza. No obstante, en «La Revolución», otro libro suyo, combate y destruye multitud de juicios falsos, atacando los vicios y los errores que hicieron fracasar aquel glorioso levantamiento.

Pero lo interesante de Edgar Quinet, y lo que nos conviene hacer resaltar de él, en estos momentos, es su fortaleza en el destierro, su integridad, su valentía. El término derrota no asomó ni una vez a su pensamiento.

El destierro fué para él un oasis de serenidad y de austeridad. Unamuno gritó como un desesperado, al borde de la frontera española, corroído por el mal de la ausencia; Goya se revolvió furioso al pensar que no podía regresar a su país. Quinet meditaba y pensaba, se recogía en sí mismo y escribía páginas demoledoras contra la tiranía que reinaba en su país.

En la adversidad, en el dolor, es

donde se puede aquilatar la entereza del hombre. Los hombres que no sienten con toda profundidad una idea cualquiera, fácilmente la abandonan si la prueba es demasiado dura para mantenerla.

El amigo Peiró, víctima de la vesanía franquista, tuvo esta frase lapidaria a raíz de nuestro embarque para el Continente Americano: «América matará moralmente a muchos de nuestros compañeros».

¡Tenía razón el viejo militante de la CNT!

Pocos se han salvado en esta tierra materializada y desquiciada. El individuo se ha desligado de ese imperativo moral que normaba el cauce de su vida. Ha tirado por la borda el sentido ético que presidía su conducta, resbalando por la pendiente del descrédito y de la perversidad. ¡Se han salvado pocos, muy pocos, y se han perdido muchos, muchísimos...!

Al evocar a Quinet, recordando su inquebrantable fortaleza en la dura prueba del destierro, sentimos una pesadumbre infinita ante el cuadro bochornoso de la emigración española, que se derrumba estrepitosamente, y se diluye en medio del fango de la ignominia...

El gran acontecimiento del siglo XX ha sido el abandono de los valores de la libertad por parte del movimiento revolucionario, el continuo retroceso del socialismo libertario frente al socialismo cesarista y militarizado. Desde entonces una esperanza ha desaparecido del mundo y ha comenzado una soledad para todo hombre libre.

ALBERT CAMUS

MICROCULTURA

629. — En 1468 murió en Maguncia Juan Gutenberg, patricio alemán inventor de la imprenta.
630. — Cuauhtémoc, indio que simboliza en México la resistencia contra el invasor, fué asesinado en 1522 por la soldadesca del criminal imperialista Hernán Cortés.
631. — El 26 de febrero de 1802 nació en Besançon Víctor Hugo, uno de los escritores más ilustres del siglo diecinueve.
632. — En 1815 Napoleón se escapó de la isla de Elba y desembarcó en Francia, estableciendo su nuevo reinado de « los cien días ».
633. — Según lo formuló recientemente el doctor Johannes Hürzeler del «Natur Historisches Museum» de Basilea (Suiza), el origen del hombre ha sido anticipado a la era primaria.
634. — El mes de febrero del corriente año en Melbourne (Australia) se consideró «que la Atlántida debe ser poblada para aminorar el creciente problema de la superpoblación».
635. — El perioftalmo (del griego «peri», alrededor; y «ophthalmos», ojo), que abarca amplio campo visual, es el más curioso de los peces anfibios, al punto de que vive más tiempo fuera del agua que en su seno.
636. — Ser tan pobre «como un ratón de sacristía» alude al hecho de que, puesto que en una sacristía no se mantienen alimentos, el ratón que tenga la idea de vivir allí se verá en dificultades para alimentarse.
637. — Los hombres de ciencia están estudiando extraños peces tropicales que emiten constantemente impulsos eléctricos, y los cuales permiten que los peces se rodeen de un campo magnético.
638. — El astrónomo William A. Baum, de los observatorios Wilson y Palomar, ha puesto en práctica un método para estudiar la velocidad a que las muy distantes galaxias se alejan del sistema solar y de todas las otras galaxias.
639. — Se entiende por «seudoenfisema» la enfermedad debida a la obstrucción de algunos bronquios.
640. — Los solsticios son dos puntos en que el sol se halla más distante del ecuador, y los equinoccios son las dos épocas del año en que el sol corta de plano al ecuador.
641. — El día 6 de enero de 1927 la soldadesca estadounidense invadió Nicaragua.
642. — Las ciudades principales de Bélgica son Bruselas, Amberes y Lieja.
643. — La «cinteta» es una red que se usa para pescar en las costas del Mediterráneo.
644. — La religión es un conjunto de creencias que el hombre profesa acerca de un fantasma llamado Ser Supremo.
645. — En general, la Tierra recibe constantemente del sol la misma cantidad de calor; pero la cantidad recibida por cada región varía según que los días sean más o menos largos, la altura del Sol sobre el horizonte, el estado de la atmósfera y varias circunstancias locales.
646. — Se entiende por «deprecación» ruego, súplica, petición.
647. — Existen cinco zonas: una tórrida, dos templadas y dos glaciales o frías.
648. — Las religiones que admiten a un solo dios se llaman monoteístas y las que admiten a varios, politeístas.
649. — El boniato (patata dulce) tiene más vitaminas A que la patata.
650. — Los americanos de lengua inglesa llaman al otoño «Fall», que significa caída, refiriéndose por ahí, a la caída de las hojas de los árboles.
651. — Los geógrafos antiguos, según se ve por sus mapas, consideraban a la Tierra más extensa de este a oeste que de norte a sur.
652. — El «cinquén» era una antigua moneda castellana que valía medio cornado.
653. — El cristianismo reconoce por su autor a «Nuestro Señor Jesucristo», hijo del supuesto verdadero Dios hecho hombre, de cuya doctrina es depositaria la Iglesia Católica.
655. — La forma verdadera de la órbita lunar es una elipse cerrada, ni siquiera una curva plana, sino muy complicada.
656. — El navegante español Juan de la Cosa murió el 23 de febrero de 1510.
657. — El Mahometismo sigue la doctrina del seudoproyeta Mahoma, expuesta en el Corán.
658. — Una «seta» es cualquier especie de hongo que tenga forma de sombrero o casquete.
659. — La Tierra en su movimiento de revolución arrastra consigo a la Luna y la hace describir una curva llamada epicicloide.
660. — El viento no es más que el aire puesto en movimiento.
661. — El Judaísmo espera aún la venida del «Mesías»: su código religioso y civil es el Talmud y el profesado por los judíos (o hebreos) del mundo entero.
662. — Las ciudades principales de Canadá son Montreal, Toronto, Winnipeg, Quebec y Ottawa.
663. — El drama «Amorios» fué escrito por Arturo Schnitzler y dramaturgo austriaco.
664. — El ciclón es un viento impetuoso, que se desarrolla en forma de grandes torbellinos, y va acompañado de lluvia y granizo.
665. — El Brahmanismo adora al dios Brahma, personificado en innumerables dioses y predomina en el Indostán.
666. — La América Central está compuesta por Guatemala, Honduras, Honduras Británica, Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.
667. — La tromba es una gran masa de aire que recorre los espacios, girando en forma de cono invertido, cuya base parece perderse en las nubes.
667. — Las ciudades principales de Bolivia son La Paz, Sucre, Cochabamba y Potosí.
668. — El libro de José Prat titulado «Crónicas Demoledoras» fué prologado por el sociólogo español Ricardo Mella.

POETAS DE AYER Y DE HOY

INRI

Asciende el vano incienso deseando
el seno de la Luz que, sola, herida,
su mano descarnada, ya la brida
de célicas promesas va olvidando.

¡A Dios se elevan gracias, machacando
la carne lacerada de la vida!
Y Dios se oculta, esquivo en su guarida,
dejándoles su nombre pronunciado.

No llegará el incienso más que al vuelo
de la mosca verdosa y repugnante
que se engríe a tres palmos de este suelo.

La Paz nunca volvió con su semblante
de eterna libertad abierta al cielo...
¡La Paz murió en aquel preciso instante!

No estaba escrito en piedra, ni en madera;
ni en pasta de papel, ni en pergamino.
¡No escribe el Dios de Luz un desatino,
ni el cielo se distrae con la quimera!

La sangre lo escribió; porque sangre era
lo que manchó en España aquel Camino
en que el pueblo marchaba a su destino
con sol de amanecer, ¡no con hoguera!...

Lo escribió la codicia farisea,
el señor opulento y palaciego,
el déspota apegado a los cuarteles.

Y al son del cornetín, prendió la tea
el sumo sacerdote, de odio ciego,
y harengó con las llamas a sus fieles.

Pues que el amor no mata, ni zahiere,
ni acosa encadenando libertades,
ni transforma en divinas las maldades,
¡nadie diga que mata porque quiere!

Por odio sí, que es odio lo que hiere
a un pueblo desgajado en dos mitades.
¡Matando, una venció! ¡Y, en soledades,
sólo España desangra mientras muere!

La eterna libertad del Dios Eterno,
que escapa a las doctrinas de los hombres
en brillantes disfraces se acoraza.

Con religión de errores, el infierno
confunde y desvanece en tantos nombres
la Fuerza del Amor, que lo embaraza.

Ni fátimas, Marias o Dianas
se opondrán al designio en que se ceba
la ambición desmedida que amanceba
a los pueblos con prácticas paganas.

Se opone AMOR, con dádivas galanas,
con actitud de Paz que pone a prueba
su calidad de luz, su vida nueva,
que espera levantar vidas humanas.

Se opone con su esencia y su sustancia,
con su Verbo en acciones pronunciado
el Cristo que ellos matan con las gentes.

Se opone la Bondad y su fragancia,
el gesto de ese Amor crucificado
en cárceles de Estados impotentes.

ABARRATEGUI

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marín, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3.— — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Schilla», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forno, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassus», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dálnés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomos), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2.— — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomos), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)